

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM 50

31 ENERO
1926



FGHI
JKLL
MNÑO
PQRS

PINOCHO EN LA ISLA DE LA "CARABA"

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESES



EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS DE LA CUBIERTA

PINOCHO EN LA ISLA DE «LA CARABA»

(Continuación.)

¡Un perro echando el lazo a un guardia!

¡Un ratón cazando a un gato!

¡Un discípulo tomándole la lección al maestro!

Estas cosas sólo se ven en la isla de «La Caraba», esa isla, única en el mundo, donde las mujeres son todas carabinas y los hombres carabineros.

(Continuará en el número próximo.)



PINOCHO Y LOS DEPORTES



Crónica deportiva.

POR DUX

Parece que está esclarecida la situación en el campeonato regional de fútbol.

El «Madrid», después de su difícil victoria sobre el «Athlético» que le coloca a la cabeza del campeonato, se asegura cada vez más en su puesto.

Y si como parece probable Mengotti, aquel muchacho suizo —¿no os acordáis?— que jugó hace un par de años con el «Madrid» de medio centro, volviese a ocupar su puesto, entonces el Club titular sería digno representante de la Región centro.

La pareja defensiva, más aún, el trío defensivo (guardameta y defensas) del «Real Madrid», es de una gran seguridad, y si a esto añadimos una línea de medios bastante completa (Illera, Mengotti Mejías) y un ataque si no inmejorable sí muy aceptable, fácilmente se comprende que el «Madrid» es un equipo muy serio, aspirante al título de campeón de España, que con uno peor logró llegar a la final de hace dos años.

Es de esperar que el eclipse de Félix Pérez sea una cosa momentánea, pues él y sólo él es el conductor de la línea madrileña, y él y sólo él hace jugar a su extremo Víctor del Campo.

El «Madrid», aun perdiendo el partido con la «Gimnástica», no queda eliminado del segundo puesto cuando menos; lo que le permite, desde luego, jugar la eliminatoria de campeones o subcampeones.

De pugilismo poco puedo contaros, pues poco notable ocurre.

Gironés, el peso pluma catalán, entusiasma al público madrileño, que ve en él un serio adversario para Ruiz.

El alpinismo marca el principio de su apogeo.

El motorismo ha tenido una brillante manifestación en la prueba de la subida de la Cuesta de las Perdices, que ha sido una maravilla de organización, y cuyos resultados deportivos han superado cuanto podía esperarse.

Cuando leáis estas líneas, los aviadores españoles Franco y Ruiz de Alda habrán emprendido el vuelo con rumbo a la capital de la República Argentina, y lucharán por dar forma de realidad a su grandioso proyecto.

tosas. También se les puede llamar deportes naturales, como lo son la marcha y carreras pedestres. El salto de altura fué conocido, pero no muy practicado en la antigüedad.

Su técnica es un poco complicada, y para llegar a ser un buen saltador se requiere mucha práctica y estilo. Hay multitud de estilos y técnicas, correspondientes cada una a cada uno de los atletas de la misma o de diversa nacionalidad, los cuales las perfeccionan, las dan a conocer en los concursos donde toman parte y, por último, las implantan con su nombre.

Hay un método que es el de «tijeras», que es el más corriente y fácil. Consta éste, como todos los demás saltos, de tres partes, que son: la preparación e impulso, la suspensión y la caída.

La preparación e impulso consiste en que el saltador, situado a ocho o diez metros de los postes o bases de salto, se fija en el centro de la barra, mide la distancia que le separa de ella y luego, con una carrera potente y suave, no muy rápida, llega hasta cerca de los postes, dando las dos últimas pisadas más cortas que las anteriores, que deben ser relativamente largas. Después de una profunda aspiración da un fuerte impulso con la pierna derecha, mientras que la izquierda se lanza vivamente hacia la barra. Entonces es cuando se produce la suspensión.

La suspensión. Cuando la pierna izquierda está encima de la barra y los brazos están, el derecho caído, y el izquierdo levantado hacia lo alto, la pierna derecha, mediante un ligero impulso, se lanza como la izquierda hacia la barra, y cuando está por encima de ésta se ve que el brazo antes caído se dirige a lo alto, al mismo nivel de los hombros y del brazo izquierdo; al mismo tiempo, el cuerpo, ya casi horizontal, hace un movimiento rotatorio sobre la barra; y desde este momento es cuando se produce la caída, o lo que podríamos llamar el fin del principio.

La caída. Después del movimiento sobre la barra, el cuerpo

va tomando una posición vertical y, por consiguiente, va llegando a tierra; antes de llegar, las piernas se encogen, los brazos se dirigen a lo alto, el tronco y la cabeza rectos; al tocar tierra el cuerpo conserva la misma posición, pero después se va irguiendo sobre las puntas de los pies, que es con lo que se cae, y debe caer, y luego toma su posición normal.

PUNLLY.

El «Sporting Pinocho» sigue triunfando.

El domingo día 17, en el campo del Imperio, se jugó un partido amistoso entre los equipos «Sporting Pinocho» y «Sporting Herrera».

Después de un partido reñidísimo empataron a 2 «goals».

El árbitro, Sr. Salado, bien e imparcial.



Lo beneficioso y lo perjudicial en el deporte.

No nos cansaremos de repetiros que tan perjudicial es para la salud el deporte que se practica sin orden ni método, como beneficioso es el que se practica con arreglo a sabias reglas y normas técnicas. Un ejemplo gráfico vamos a ofrecer en esta fotografía tomada durante la celebración de una carrera pedestre de carácter infantil. El corredor número 1, contraviniendo todas las reglas del deporte, incurre en los defectos más nocivos, como son: la respiración por la boca y no por la nariz, juego de pantorrillas tan sólo, no de toda la pierna. Cuerpo rígido y busto echado hacia adelante, brazos caídos y sin tensión. Ver su cara con gesto doloroso y comprenderéis que se perjudica de una manera peligrosa. Observad, sin embargo, el corredor número 2, que guarda en lo posible las reglas señaladas. Este muchacho beneficia su salud todo lo que el número 1 se la perjudica. Al cabo del tiempo, el que practica el deporte de forma falsa se daña, y entonces se le achaca la culpa al ejercicio físico y no a aquel que fué el único responsable del mal.



Nuestros colaboradores.

Deportes atléticos. El salto de altura.

De las pruebas atléticas, son los saltos las más interesantes y vis-



La alineación del «Sporting Pinocho» fué la siguiente: Ruiz; Cela, Peña; Ascandoni, Duque, Guzmán; Certales, Gordo, Félix, Ascandoni (J.), Sabroso.

VILUSÁN.

Partido entre el «San Vicente F. C.» de reservas y los pinochistas valencianos.

El partido fué catastrófico para los del «San Vicente», que empezando un juego muy malo, llegaron a darse cuenta cuando ya nadie podía evitar que su bandera fuese por el suelo.

Empezaron haciendo gala de un juego bonito, pero duró muy poco. Los pinochistas atacaron desde este momento hasta el final del primer tiempo, embotellándolos completamente, y así siguió el partido hasta cuando faltaban unos diez minutos para terminar; se repusieron los del «San Vicente», jugando admirablemente, pero fué tarea inútil; los pinochistas se defendían como leones, y llegó el final con la victoria de los pinochistas por la friolera de 15 «goals» a 4.

Fué un dominio completo de los pinochistas, quitados los diez minutos finales y unas escapadas peligrosas de la delantera, que fué la mejor de su equipo.

Por los pinochistas, bien todos.

El árbitro, completamente desacertado.



Un futbolista un poco exageradillo, visto por Jacinto. (Qué vista tiene Jacinto.)

FRANCISCO TRIGO.

Correspondencia deportiva.

José González Patillo.—Hemos recibido tu simpática carta, y vemos cómo te ha emocionado el castigo que fué necesario imponer al «Athlétic Pinocho».

Tú no sabes, Pepito, lo indisciplinados y rebeldes que somos por estas tierras; si no se procediese con mano dura sería imposible llevar nada a cabo.

Pero que te sirva de consuelo: Casi todos los «equipers» del «Athlétic» han ido a figurar en las filas de otros Clubs. Demostramos con ello una tolerancia especial en cuanto a los individuos, no en cuanto al «Club Athlétic Pinocho», que necesariamente tenía que dejar de existir.

Todos ellos agradecen tus frases cordiales y me encargan te salude muy cariñosamente.

Andrés Xaudri.—Horas después, de escrita tu carta aparecía el núm. 48 de PINOCHO, y en la sección titulada *Bolsa de equipos Pinochistas*, la noticia de la existencia de vuestros Clubs.

Sólo falta ahora que forméis la liga con arreglo al reglamento.

Y... conste que sois vosotros los que ahora tenéis la palabra.

A los pinochistas de Bilbao.—Necesitamos que el presidente de vuestra liga se dirija a nosotros por carta, dándonos cuenta, no sólo de la creación de vuestra liga, sino también dándonos a conocer la forma en que se va a jugar vuestro campeonato.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué algunas cosas tienen su *porqué*.

—¿Algunas? ¿Sólo algunas? Todas las cosas tienen su *porqué*, todas, todas. Hay tantos *porqué* como cosas existan en este mundo, querido Chononcito.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. No existe hecho o fenómeno que no tenga su explicación. Por ejemplo: Imagínate que has dejado encima de tu mesa de estudio un pisapapel de cristal. Sales a la calle y cuando vuelves encuentras este pisapapel, no en la mesa, donde lo dejaste, sino en el suelo. ¿Por qué —es lo primero que te preguntas— está aquí esto? Ciertamente no se ha trasladado solo. Tú sabes que un pisapapel no puede efectuar por sí mismo este acto de trasladarse de un punto a otro. Indagas, al fin, y consigues enterarte del *porqué* tu pisapapel no está en su sitio: la persona que limpió tu mesa durante tu ausencia quitó de aquella el tintero, las plumas, el pisapapel, todo. Limpió la mesa, colocó todas las cosas en su sitio, nuevamente, menos el pisapapel de cristal, que olvidó en el suelo. Supiste por qué. Pues de la misma forma, todo cuanto en la vida se ofrece tiene su *porqué*, que vale tanto como decir su explicación o justificación.

—¿Y quién se encarga de indagar los *porqués*?

—La ciencia. El principal motivo, trabajo y empeño de la ciencia, se cifra en encontrar aquellas explicaciones. En un principio, cuando el hombre vivía en plena naturaleza, ignorante de todo, aquél no podía explicarse por qué brillaban las estrellas, por ejemplo, por qué hacía frío, por qué calor. Años y años, siglos y siglos de estudio han dado por resultado que el hombre conozca muchas cosas, si bien le quedan por conocer muchas más.

—¿Estás seguro? ¿Todavía no sabemos ni la mitad de lo que deberíamos saber?

—Ni la mitad, querido Chonón. Ultimamente hablábamos aquí de los volcanes, sin poder decir a punto fijo qué cosa sea un volcán,

por qué arroja fuego y fango, esto es, lava, por su cráter. Y lo que ocurre con los volcanes ocurre también con muchas cosas de este mundo. Sin embargo, ello no quiere decir que las cosas cuyo *porqué* desconozcamos carezcan de *porqué*. Nada obra y se mueve por sí mismo, ni nosotros siquiera. En cierto modo, a todo ocurre lo que al pisapapel, que necesita para trasladarse de un punto a otro una fuerza especial, ajena al objeto.

—¿Y cómo se explicaban las cosas, los *porqués*, los hombres primitivos?

—Los hombres se explicaban las cosas por medios misteriosos, verdaderamente fantásticos. Sabemos cómo los egipcios poseen un río, el Nilo, que se desborda todos los años, haciendo fértil, sin la menor labranza por parte del hombre, un terreno al parecer impropio para el cultivo. Pues bien: los egipcios no sabían el *porqué* de estos desbordamientos del Nilo, y venían a explicárselos de la siguiente forma: El río provenía de un dios, que se alzaba del abismo, entre Elefantina y la isla Philae, junto a la catarata de Syene. Las lágrimas de Isis, llorando a su esposo, causaban los desbordamientos, y de aquí que las aguas tuvieran virtud fertilizadora. Fíjate cómo en un principio el hombre se explicaba los *porqués*. Hoy no recurrimos a estos misterios, y tratamos de explicarnos las cosas de modo más lógico, natural y científico.

—¿Y por qué, dime, se efectúan los desbordamientos del Nilo?

—Te lo diré de paso. Los desbordamientos son producidos por el derretimiento de las nieves de las sierras volcánicas de Abisinia, y también, y más principalmente, por las prodigiosas lluvias que caen periódicamente en la parte superior del curso del río, llegando a formar poderosos afluentes, tales como el *Behr-el-Ghazal*, el *Sabot*, el *Nilo Azul* y otros.

—De modo que todas las cosas, todas, tienen su *porqué*.

—Sí, querido amigo. Ahora que unos los sabemos ya, y otros, no. Es preciso observar, estudiar... Aquí el deseo principal del hombre civilizado.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

El doctor y sus compañeros se detuvieron, contemplando con estupor aquella obra maestra de la naturaleza.

—¡Qué hermoso! —exclamaba Vicente.

—¡Soberbio! —decía el señor Bandi.

—¡Una maravilla! —decían Miguel y Roberto.

—Pero, ¿de dónde provienen estas luces? —dijo Vicente—. Cualquiera diría que alguien ha encendido un gigantesco farol, alguna lámpara colosal.

—Debe ser el reflejo de la lavá —contestó el doctor.

—Y esas detonaciones, ¿de qué serán?

—Vamos a ver esa lava —dijo Miguel—; ya que hemos venido aquí, disfrutemos del espectáculo.

—Sí, vayamos —dijo Roberto—. Yo también quiero verla.

Aunque los bramidos aumentasen a cada minuto en intensidad y el suelo de la soberbia galería experimentase de vez en cuando oscilaciones que podrían originar desprendimientos espantosos, los cuatro exploradores, vencidos por la curiosidad, se lanzaron al través de las piedras desprendidas para contemplar el espectáculo.

A medida que se acercaban a la hendidura, aumentaban los rugidos y crecía la potencia de la luz.

Rayos sangrientos lanzaban sus reflejos sobre las marmóreas paredes, seguidos de otros fulgores lívidos que parecían producidos por lámparas eléctricas o por chorros de bronce fundido.

Sordos rugidos se propagaban desde el suelo a las bóvedas, haciéndolas temblar, y a ellos se mezclaban violentas detonaciones y lejanos bramidos.

El doctor y sus tres compañeros atravesaron corriendo la galería, por miedo a que les cayese encima una de aquellas piedras, y pronto llegaron a la hendidura.

Lanzaron una exclamación de sorpresa ante el horrible espectáculo que se apareció a sus ojos.

Al otro lado de la hendidura se abría un inmenso abismo, de forma casi circular, con las paredes lisas, y en cuyo fondo se veía una especie de cavidad enorme, llena de una especie de pez hirviente o azufre derretido.

Se veía cómo aquellas materias burbujeaban hirviendo, lanzando llamaradas, produciendo aquellos rugidos, con explosiones secas y potentes, desparramando nubes de centellas y humo negrisimo, impregnado de vapores de azufre que se agarraba a la garganta de nuestros exploradores, amenazando asfixiarlos.

De vez en cuando, del fondo de aquella cavidad se abría como una garganta, y una gigantesca llamarada irrumpía con mil silbidos, elevándose casi hasta el nivel de la hendidura e iluminando siniestramente las paredes del abismo y las de la galería.

Aquellas erupciones de fuego eran inmediatamente seguidas de rugidos subterráneos y sacudidas tan violentas que temblaban las rocas como si fuesen a caerse de un momento a otro sobre aquella fosa infernal.

—¡Por cien mil demonios encendidos!... ¿Qué hierve allá abajo?... —exclamó Vicente, asustado.

—¡Esa es la casa donde vive el compadre Belcebú! —dijo Miguel, tapándose la nariz.

—Son lavas en ebullición —dijo el doctor.

—¿Es esto también un volcán?

—Algo parecido, Vicente.

—¿Arrojará también piedras?

—Es probable.

—¿Oís esos rugidos espantosos?

—Y siento, además, que las piedras oscilan.

—¡Mil rayos...! ¡Huyamos, doctor...! Ya tenemos bastante con este espectáculo.

—Sí, vámonos, señor —dijeron Miguel y Roberto.

El señor Bandi hubiera deseado detenerse algún tiempo más para observar mejor aquel mar de fuego que rebullía espantosamente en el fondo del abismo; pero la prudencia aconsejaba una pronta retirada.

Las explosiones se sucedían con mayor frecuencia, lanzando a lo alto gigantescos penachos de humo y enormes lenguas de fuego, y bajo el suelo se comenzaban a sentir crecientes estallidos y ruidos alarmantes.

Había que temer alguna gran explosión y quizá también algún terremoto.

—Sí, vámonos —dijo, al mismo tiempo que un borbotón de lava ardiente se esparcía por los bordes del abismo—. Mejor será que nos retiremos a la canoa.

Atravesaron otra vez corriendo la galería. Los rugidos aumentaban y a cada nueva explosión que se producía en el fondo de la siniestra fosa, grandes trozos de piedra se desprendían de la bóveda al suelo con horrible estrépito.

Habían recorrido ya la mitad del camino, cuando el suelo tembló con tal violencia que les hizo caer.

—¡Caracoles...! ¡El terremoto! —gritó Vicente, poniéndose en seguida de pie.

—Busquemos dónde refugiarnos —gritó el doctor—. Las bóvedas se hunden.

Viendo a corta distancia uno de aquellos huecos que tenían la apariencia de ventanas de la galería penetró por él seguido de los tres pescadores.

Aquel refugio era una especie de hornacina socavada en el mármol, de forma perfectamente circular y capaz de contener unas doce personas.

Apenas se habían refugiado dentro cuando sobrevino la segunda sacudida, aún más violenta que la anterior, seguida de un estampido tal, que parecía como si el volcán hubiese estallado como una granada.

Los muros de la caverna se bambolearon espantosamente, se abrieron las bóvedas y una enorme masa de bloques de piedra cayó al suelo con un ruido ensordecedor.

—¡Por cien mil tiburones! —gritó Vicente, pálido como un cadáver—. ¡Nos va a sepultar vivos!

—¡No salgais de esta cueva! —dijo el doctor.

—¿Y si se derrumba toda la caverna?

—Si salimos, nos aplastan esos bloques.

—¡Doctor...! —gritaron Miguel y Roberto, enloquecidos de espanto.

—¡Valor, amigos...! Todo acabará muy pronto.

Las sacudidas y los estruendos continuaban, mientras las bóvedas, cada vez más agrietadas, se desplomaban cayendo sobre la caverna enormes bloques, que rebotaban y se disminuían por lo violento del choque, haciendo reténblar el suelo.

Mientras tanto, en el lado opuesto de la galería, el volcán rugía horriblemente. Rayos siniestros iluminaban de vez en cuando las





rocas, y nubes de humo denso e irrespirable pasaban rozando el hueco donde se habían refugiado los pescadores y el doctor.

Sin duda alguna la lava iba subiendo rápidamente por el abismo, y era de temer que se derramase por la galería como un torrente de fuego.

El doctor, con riesgo de que le cayese sobre la cabeza algún pedrusco, después de haber recomendado a sus amigos que no se movieran, se arrastró hasta el borde del hueco para ver cómo estaban las cosas por la parte del volcán.

De la abertura del abismo se desbordaban llamas y enormes humaredas; hasta entonces no había caído sobre la galería ningún chorro de lava. Sin embargo, a juzgar por los relámpagos que se reflejaban en las rocas, podía conjeturarse que las materias en fusión no debían estar muy lejos.

—Nuestra situación se agrava —dijo, volviendo en seguida hacia los tres pescadores—. Corremos el peligro de ser envueltos por un río de lava y fuego.

—¿Han subido ya las lavas hasta el borde de la abertura? —dijo lleno de confusión el pobre Vicente.

—Creo que aún no han llegado hasta ese límite, pero no tardarán mucho en rebasarlo.

—Si se derrama por esta galería no vamos a poder salir ya más, doctor, y nos achicharraremos vivos.

—Quizá pudiéramos evitar ese peligro. El suelo de la caverna está cubierto de bloques de piedra que obligarán a la lava a dividirse.

—Quisiera encontrarme en la canoa.

—Yo también, Vicente.

—¿Y si intentáramos salir?

—¿Quieres morir aplastado?

—¿No ves esta lluvia de piedra?

—¿Y si la lava llega a penetrar hasta este mismo refugio?

—Está algunos metros más alto que el nivel del suelo.

—¿Y si aumentase el río de lava?

—Ese peligro no existe, porque estando la galería en pendiente, la lava se verterá sobre el lago.

—¿Y nuestra canoa?

—¡Bah! Está lejos de la garganta que hemos seguido para llegar hasta aquí.

—Os digo, sin embargo...

La frase fué cortada por un estallido colosal, espantoso, seguido de un derrumbamiento terrible de las bóvedas. Por un instante parecía como si toda la bóveda se destrozase y los escombros llegaran a sepultar el cráter del volcán; pero las enormes paredes, aunque terriblemente conmovidas, no cedían. Sólo desde lo alto se desgajaban bloques y más bloques en cantidad prodigiosa.

Terminado el estallido se vió de pronto invadida la caverna por un relámpago deslumbrador.

—¡La lava! —gritó Vicente.

—¡Sí, y se precipita al través de la galería! —gritó Miguel, que se encontraba más al borde del hueco.

El doctor, impulsado por su osada curiosidad, se precipitó hacia afuera.

¡Qué espectáculo se extendía ante sus ojos!

De la boca del abismo salía, como de un torrente desbordado, una avenida de líquido inflamado como bronce fundido, que lanzaba grandes resplandores.

Eran las lavas del volcán que invadían la galería. El torrente engrosaba, mientras que sobre él quedaban en suspenso grandes masas de humo negruzco, impregnado de un olor penetrante a betún y azufre.

Encontrando interrumpido el camino por obstáculos que no podían rebosar, aquellas materias viscosas que tanto peligro llevaban consigo se detenían de vez en cuando y se encrespaban con oleadas, como el mar en plena tempestad; se enfurecían despidiendo llamaradas de fuego, centelleando azufre fundido, y después se desbordaban resbalando, corriendo de bloque en bloque, de roca en roca, dividiéndose y formando mil torrentes y canales en una gran extensión de la galería.

¡Era un espectáculo horrible, pero digno de admiración, soberbio!

Ultimamente los tres pescadores, olvidándose de las precauciones anteriores, se habían puesto de bruces sobre un hueco y contemplaban con miedo y admiración aquella riada brillante, que se

extendía por entre los desprendimientos de las bóvedas, amenazando invadir toda la galería.

—¡Nunca he visto nada semejante!... —exclamó Vicente—. Este fuego le hace a uno estremecerse de pavor; pero, ¡qué bello es!

—¿No te arrepentirás nunca de haber hecho esta exploración?

—¡Oh, no, doctor!

—¿Qué haremos para salir de aquí? —preguntó Miguel—. Dentro de poco tiempo nos quedará cortada la retirada.

—Esta erupción no puede durar mucho —dijo el señor Bandi—; el volcán terminará por calmarse.

—¿Y si la erupción durase varios días?

—Saltando de bloque en bloque, creo que podríamos llegar fácilmente a la boca de la galería. Esperemos a que acaben las sacudidas y después nos iremos.

—Pero..., ¡doctor!

—¿Qué te pasa, Vicente?

—¡Es extraño! La lava está ya muy cerca y, sin embargo, no siento calor alguno!... Se diría que este río de fuego carece de calor.

—Sí; pero si probases a meter un dedo en esa lava que te parece fría, te quedarías sin él en un segundo.

—¡Tanto quema!

—Como si fuese bronce fundido.

—¿Y por qué no irradia calor?

—A causa de que se cubre en seguida de una ligera película vi-

trea, que es muy mala conductora del calor. Su superficie se solidifica muy pronto, y si este río no estuviese alimentado de continuo por el calor interno, lo verías solidificarse en seguida como cristalizado, aunque no por completo, porque por debajo de esa costra solidificada continúan corriendo las materias en fusión.

—¿De qué materias está compuesta esta lava? Parece pez mezclada con azufre.

—No hay en ella ni uno ni otro elemento. Se ha creído que sería una sustancia mineral fundida como el hierro; pero en realidad no es sino una pasta de cristales, tan pequeños que casi no pueden distinguirse, y algunas otras materias.

—¿No arrojan los volcanes grandes cantidades de ella?

—Sí, cantidades fabulosas. Basta saber que nuestro Vesubio, en una sola erupción, vomitó tal cantidad que cubrió más de quince millones de metros cuadrados con un volumen de cerca de setenta y tres millones de metros cúbicos.

—¡Tanta lava como sería suficiente para construir una ciudad o destruirla!... Me han dicho que también arrojan enormes cantidades de ceniza.

—En la erupción del 1831, el Vesubio despidió por su cráter tanta ceniza que cubrió los tejados de todos los pueblos de los alrededores con una capa que variaba entre tres y seis metros de espesor.

—¡Caracoles! ¡Una verdadera fortuna para las lavanderas!

—Pero no para los pobres aldeanos.

—Os creo, doctor.

—Durante aquella erupción vomitó piedras de dimensiones extraordinarias. Se encontró una tan grande que no pudieron moverla veinte bueyes.

—Esa hacía falta que le cayese a Simón Storwick en la cabeza.

—Doctor —dijo en aquel momento Miguel—, la lava va subiendo.

—Tenemos que marcharnos —dijo Vicente.

—Las bóvedas siguen agrietándose, querido amigo. ¿No oyes que los bloques siguen cayendo en el extremo de la galería?

—¿Cómo acabará todo esto? Comienzo a tener inquietud, doctor.

—Confío en que el volcán se tranquilice pronto.

Aquella esperanza era muy problemática, pues en vez de calmarse parecía que aquel abismo hirviente adquiría mayor incremento. Tremendas explosiones se sucedían casi sin interrupción ocasionando nuevos y más peligrosos desprendimientos, en tanto que el suelo experimentaba de vez en cuando espantosas sacudidas.

La lava continuaba en aumento. Nuevas oleadas se aglomeraban, subiendo por la abertura, y se derramaban furiosamente por la galería, superponiéndose a las capas ya frías.

El peligro estaba en que continuase así por mucho tiempo e irrumpiese también hasta la altura del refugio de los cuatro exploradores.

(Continuará en el número próximo)





EL ZAPATERO DEL CAIRO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Conclusión.)

—¿En qué pueblo estás ahora? —inquirió ella.
—En la ciudad de Ijtán de Aljután. Y tú, ¿cuándo has salido del Cairo?

—Ahora mismo.

—Pues ¿cómo?

Y la mujer fea contó su historia, que no era muy bonita, por cierto.

Entonces Maaruf le preguntó:

—¿Fui yo quien te abandonó a ti, o fuiste tú la que me abandonaste a mí? Tú fuiste querellándote de mí de un juez en otro y terminaste por llevarme al Tribunal Supremo, de modo que hiciste que la policía me persiguiese. Yo tuve que huir, bien en contra de mi voluntad...

Y le contó todo lo que le había sucedido, hasta llegar a ser sultán, y su boda con la hija del rey, la muerte de ella y cómo le había quedado un hijo, que alcanzaba ya la edad de siete años.

—Lo que ha sucedido —afirmó Fátima— estaba decretado por Dios (jensalzado sea!), y yo me arrepiento de mis faltas.

Y tanto y tan humildemente suplicó, que Maaruf se compadeció de ella, y le dijo:

—Arrepientete de tu mala conducta y quédate a vivir conmigo, y no te preocupes de otra cosa que de divertirme. Si quieres marcharte al Cairo, yo te proveeré de todo lo que puedas necesitar para pasar el resto de tu vida, y te enviaré con rapidez a aquella ciudad; si prefieres quedarte conmigo, yo prepararé para ti un pabellón del palacio. ¿Qué dices a todo esto?

—Yo deseo quedarme contigo —dijo la mujer, y besó sus manos, haciendo protestas de arrepentimiento.

Dispuso Maaruf que le arreglaran habitación en el palacio, señaló a su servicio esclavas, y vino a estar como la reina.

El hijo de Maaruf iba a verla, lo mismo que a su padre; pero ella lo odiaba, porque no era hijo suyo. Y cuando el niño vio que ella lo miraba con ojos de rabia y de aversión, huyó de su presencia y le tomó manía. Maaruf por su parte tampoco hacía caso de su mujer, recordando los malos comportamientos que con él había tenido. Bien dice el refrán que «los malos tratos arrancan de raíz los deseos y siembran odios feroces en la tierra de los corazones». Por eso el poeta dijo con razón:

Cuida de que no se pierdan los corazones por efecto de injurias, pues es muy difícil volverlos a juntar después de separarse. Los corazones, cuando huye de ellos el cariño, son como el cristal, que una vez roto no se puede componer.

Maaruf no se preocupaba de su mujer; y lo poco que la atendía era sólo por amor de Dios (jensalzado sea!). Ella, viendo el desprecio de su marido, le tomó odio y cedió a la tentación que el diablo le sugiriera de quitarle la sortija, darle muerte y ocupar el trono en su lugar. Y poniendo por obra su mala intención, salió una noche y se dirigió desde su pabellón al que ocupaba su marido. Era costumbre de Maaruf ocultar el anillo, mientras dormía, debajo de la almohada, temeroso de que se lo quitaran; pero su mujer, Fátima El Orra, entró muy sigilosamente en la cámara y, aprovechándose del profundo sueño de Maaruf, le robó la sortija encantada.

El hijo del rey estaba en aquella hora precisamente despierto y en una habitación sin luz, por delante de la cual pasó Fátima. Entonces el niño, al verla que se dirigía a la cámara de su padre, pensó: «¿A qué habrá salido esta bruja de su cuarto de noche y qué tendrá que hacer en la cámara de mi padre? Alguna razón habrá». Y se fue siguiéndole los pasos sin que ella lo notara. Tenía el niño una espada con la empuñadura incrustada de perlas, que no la usaba más que para asistir al consejo con su padre, porque la tenía en gran estima. Cuando su padre lo veía con ella ceñida, se reía, diciéndole:

—¡Sea lo que Dios quiera! Tu espada es grande, hijo

mío; pero tú no has ido con ella a la guerra ni has cortado con ella ninguna cabeza.

Y el niño le replicaba:

—Sin duda que cortaré el cuello del que se lo merezca.

Con lo cual el padre se reía de muy buena gana. Así, pues, que vio a la mujer de su padre, sacó el sable de la vaina y la siguió hasta que entró en la cámara del rey. El se paró, acechándola siempre, y al verla revolver y oírle murmurar: «¿Dónde habrá dejado el anillo?», comprendió que lo iba buscando. Se dio cuenta de que lo había encontrado al oírle decir: «Aquí está» y notar que se lo guardaba. El niño estaba escondido detrás de la puerta. La vieja salió con el anillo en la mano y dándole vueltas. Quiso frotarlo, pero el hijo de Maaruf levantó el sable y le cortó el cuello. Dió la mujer un grito y cayó muerta.

Despertóse Maaruf y acudió presuroso, y vio a su mujer tendida en el suelo ensangrentada y a su hijo con el sable desenvainado.

—¿Qué es esto, hijo mío? —le preguntó.

—¿Cuántas veces me has dicho, oh padre mío: «Tu sable es grande, pero no has estado con él en la guerra ni has cortado con él ninguna cabeza», y yo te he contestado: «Sin duda yo cortaré el cuello de aquel que lo merezca que se lo corten»? Pues aquí ves que ya he cortado un cuello que lo merecía.

Y lo informó de todo lo que había sucedido. Buscó Maaruf el anillo y no lo encontraba, por más que miró a la muerta por todas partes, hasta que al fin notó que en su mano cerrada y crispada guardaba la inestimable joya. Cogióla y dijo al niño:

—Verdaderamente tú eres mi hijo. ¡Dios quiera libráte de turbación en este mundo y en el otro, como tú me has librado de esta malvada mujer. Ella misma se ha buscado la ruina. Qué bien dice el poeta:

Si el hombre tiene la ayuda de Dios, todos sus negocios marcharán bien. Si la ayuda de Dios falta al hombre, la primera cosa que le perjudica es su propio esfuerzo.

Entonces el rey Maaruf llamó a gritos a sus servidores, que vinieron apresuradamente, y les informó de lo que había hecho su esposa Fátima El Orra, mandándoles que colocaran el cadáver en un sitio hasta que fuera de día. Llévanola, y luego encargó a algunas esclavas que se ocuparan de ellas. Estas la lavaron, la amortajaron, le hicieron las ceremonias funerales y la enterraron. Salió del Cairo para ir a la tumba. Con razón dice el poeta:

Nosotros andamos los pasos que nos están señalados, y aquel que tiene un camino trazado, es preciso que lo recorra.

Aquel cuya muerte está señalada para un lugar, no puede morir en otro distinto.

Y bien dijo aquel otro:

No sé, cuando me dirijo a un país buscando la fortuna, lo que conseguiré. Si la felicidad que yo busco o el infortunio que me persigue a mí.

Seguidamente Maaruf envió a buscar al campesino que le dió hospitalidad en los días azarosos en que huía de la corte. Cuando lo tuvo a su lado, lo nombró visir de su mano derecha y de su consejo.

Luego supo que tenía una hija de sorprendente belleza y hermosura, de generosas cualidades, de estirpe noble, de elevada dignidad, y la tomó por esposa. Transcurrido algún tiempo, casó también a su hijo.

Y pasaron largos años, disfrutando de la vida más tranquila: sus días fueron felices y alegres, hasta que recibieron la visita de la que acaba con todos los placeres, de la que separa todas las compañías, de la que arruina las casas más florecientes, de la muerte, en fin, que deja huérfanos a los hijos y a las hijas.

¡Gloria al Viviente, el que no muere, y en cuyas manos están las llaves del poder visible e invisible!

Fin de «El Zapatero del Cairo».



EL CALIFA LADRON

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

La fiesta de Arafá (1) reunía en Bagdad, alrededor de Harún Arraxid, a los visires, a la nobleza y hasta una parte de los reyes vasallos de este califa poderoso y renombrado, para concurrir con él a la celebración de tan augusta solemnidad. Todo se prodigaba, observando religiosamente los ritos, para aumentar su magnificencia, su ostentación y su pompa; la voz sonora de los *játibes* (predicadores), hacía resonar armoniosamente las bóvedas de la Mezquita mayor; los perfumes embalsamaban la atmósfera; en fin, nada faltaba de todo lo que pudiese dar testimonio en el cielo y en la tierra de la piedad del príncipe de los fieles, del soberano más grande del mundo. Pero la ceremonia era larga. Harún, fatigado además por la multitud de los homenajes que particularmente había recibido y por la necesidad de mostrarse atento, estaba abrumado de cansancio y de fastidio, y dirigiéndose a Cháfar, su gran visir, al jefe de los Barnequies, le dijo:

—¡Oh, Cháfar! La fiesta de nuestro gran profeta debería inspirar alegría, y bien a pesar mío, la tristeza me vence. En medio de la pompa y brillantez de esta numerosa reunión, me siento atormentado por inquietudes involuntarias. Tengo necesidad de buscarme alguna distracción; pero en un día como éste no puedo dedicarme sino a aquellas que puedan ser de utilidad para mi pueblo. Nos disfrazaremos los dos, bajaremos a Bagdad, repartiremos limosnas a los pobres, procuraremos llevar algún rato de solaz a los desventurados. Quiero además ver por mi mismo si el pueblo es feliz bajo mi gobierno, si los ministros de la justicia y los encargados de la vigilancia en la población cumplen exactamente sus deberes.

—Oír es obedecer —replicó Cháfar.

Y los dos entraron en un aposento secreto, se disfrazaron y, tomando cada uno mil piezas de oro, salieron de palacio. Atravesaron las calles y plazas de la ciudad, repartiendo limosnas a derecha y a izquierda a todos los necesitados que encontraban en su camino. Al pasar por cierto barrio se encontraron a una mujer sentada en el suelo, en medio de la calle; ella tendió la mano al califa, pidiéndole una limosna por el amor de Dios. El soberano se quedó admirado de la belleza del brazo que se extendía hacia él en demanda de socorro; era perfecto en la forma, como el alabastro de blanco. Harún dio una moneda de oro a Cháfar para que se la entregara, y el visir cumplió el encargo de su señor.

La mujer, al recibir la limosna, cerró la mano y comprendió, a juzgar por el volumen y el peso, que aquello no era una moneda corriente, como las que de ordinario suelen repartirse entre los pobres; abrió los dedos y vio una moneda de oro. Entonces llamó a Cháfar con grandes gritos, y le dijo, así que se acercó a ella:

—Joven, la moneda que me has dado es de oro; ¿pretendías dármele de limosna?

—No soy yo, buena mujer —respondió Cháfar—, a quien debes agradecer esta generosidad, sino a aquel joven que va conmigo.

—Te ruego —le dijo la mujer— que tengas la bondad de pedirle que me explique el motivo de una limosna tan extraordinaria como ésta.

Cháfar hizo conocer al califa la nueva instancia de la mendiga, y recibió de él la orden de decirle que se tranquilizara acerca de la intención que había tenido al hacerle el bien, puesto que la caridad y el amor de Dios habían sido la causa.

—En este caso —replicó la mujer— decid a mi bienhechor que yo le doy las gracias, y sinceramente pediré a Dios por que su vida sea larga y feliz.

El sultán, enterado por Cháfar de lo que la mendiga había dicho al recibir la limosna, y de los votos que había formulado en favor del generoso donante, le encargó que volviera inmediatamente a verla.

—Pregúntale —dijo Harún— si es soltera o casada; en el caso en que su mano esté libre, dile que le propongo hacerla mi esposa.

El visir se apresuró a llevar este nuevo mensaje; la mujer le respondió que era soltera, y que estaba dispuesta a casarse con un hombre que mostraba tan buenas intenciones para con ella, siempre que él fuese bastante rico para darle una dote conveniente.

—¿Quién es esta mujer extraña? —decía Cháfar al comunicar su respuesta al califa—. ¿Duda quizá que el príncipe de los creyentes pueda pagar una dote?

—Mi disfraz la excusa —respondió el califa—. Pregúntale a qué suma haría elevarse su dote.

Obedeció el visir la orden del sultán y la mendiga dio la siguiente respuesta:

—Mi dote debe equivaler al valor de los tributos de los reinos de Ispahán y de Jorasán durante un año entero.

Cháfar meneó la cabeza al oír tal contestación.

El califa, mientras, se había adelantado para volver a palacio. El gran visir le dio cuenta de la conversación que había tenido con la joven mendiga, y Harún pareció satisfecho del resultado.

—Vuelve a verla —dijo a Cháfar—; ella se quedará admirada al saber que acepto su proposición.

El gran visir cumplió el encargo del califa.

—¿Quién puede ser el hombre —exclamó la doncella al oírlo— capaz de dar una dote de esta importancia? ¿Cuáles son sus cualidades y su poder?

—El desconocido de quien yo te hablo —le dijo Cháfar solemnemente— se llama Harún Arraxid; en una palabra, es el mismo jefe de todos los musulmanes.

Al oír el nombre del califa, al conocer tal proposición hecha de su parte, la mujer se puso en pie, cubriéndose con sus hábitos para aparecer con más decencia y modestia a los ojos del gran visir; dio gracias a Dios y exclamó:

—Si el esposo que se me promete es el califa, tendré mucha alegría en pertenecerle. Puedes darle la seguridad de mi consentimiento.

Cháfar volvió a ver al sultán y dióle cuenta de la última conversación, pintándole en dos palabras la actitud y el tono. El califa ordenó al momento que una de las mujeres de su palacio, la de aspecto más venerable, acompañada por algunas esclavas, fuera a buscar a la doncella desconocida y la condujera a los baños del palacio.

Al salir del baño la vistieron ricamente. Los diamantes, las perlas, las alhajas de toda especie se emplearon con prodigalidad en su adorno. La condujeron a uno de los aposentos más ricos de palacio, destinado para ella. Y así que el sultán supo que sus órdenes habían sido ejecutadas, mandó a Cháfar que hiciera venir al cadí para extender el contrato de matrimonio.

Al llegar la tarde, Harún entró en las habitaciones de su futura esposa. Ella, así que lo vio, se prosternó en señal de homenaje, y le expresó su gratitud en términos llenos de sentimiento. El califa se sentó, la hizo sentar a su lado y le preguntó:

—Señora, ¿quién es vuestro padre? ¿Cuál es vuestro origen, para haberme pedido una dote tan considerable?

—¡Príncipe de los Creyentes! —respondió la doncella, con los ojos bajos por modestia—. Yo soy de la familia de los reyes de Persia, Cosroes Anursiwan; aquí tienes una descendiente; los reveses de fortuna, la fatalidad del destino me han reducido al estado en que me habéis visto.

—¡Princesa! —contestó el califa—. Tú eres nieta de Cosroes, tan desgraciadamente famoso por los actos de tiranía con que marchó su reinado: ejecutó grandes crueldades sobre su pueblo.

—Esta tiranía —respondió la princesa— fué precisamente la que condujo a sus hijos a la triste condición de pedir una limosna por las calles.

—Pero he oído decir —replicó el califa— que, arrepentido de sus errores y de sus violencias, gobernó al fin de su vida con gran moderación, e hizo justicia con tanta exactitud que hasta los animales de la tierra y las aves del cielo participaban de sus beneficios.

—Por esto mismo, oh califa —dijo la princesa—, Dios quiere recompensar hoy a sus descendientes, tomando de en medio de la calle a una de sus hijas para elevarla al título eminente de esposa del príncipe de los fieles.

(Continuará en el número próximo.)

(1) Fiesta musulmana que se celebra el día noveno del mes de Dulhicha, que es el día en que los peregrinos a la Meca hacen sus ritos en el monte llamado Arafá.

LA HECHICERA A GR A D E C I D A

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

En el reino de Argual acababa de ocurrir una revolución. Había muerto el rey, y su viuda, doña Orla, había sido destronada y desterrada de sus dominios. La desgraciada reina huyó llevando en sus brazos a su hijito Waldo.

El primer ministro, notando que la reina no podía ocuparse en los asuntos de Estado debido a su gran dolor por la pérdida de su esposo, aprovechó estos momentos para traicionar a su señora y usurparle el puesto. Hizo desaparecer a doña Orla de la ciudad y él tomó el reino bajo su mando y se proclamó rey de Argual.

La pobre reina, luego que se encontró lejos de la ciudad y sola, huyó lejos, lejos de aquellos sitios, pues había sido amenazada con la muerte de su pequeño Waldo si se acercaba a la capital o hacía saber a alguien su existencia.

El mal ministro divulgó por todo el reino que la reina viuda se había vuelto loca y que no se la encontraba en ningún sitio, que probablemente se habría arrojado al río o al mar, o quizá a la profunda sima que allí cerca había. Los cortesanos y todo el pueblo lloraron a su buena reina, que había sido su protectora y su providencia en todos los casos que ocurrieron durante su reinado. Ya en peates o en malas cosechas, ya en accidentes desgraciados, siempre fué buena y caritativa. En todos los hogares del país se oía exclamar: «¡Ahl, ¿qué ha sido de doña Orla y su hijito? ¡Dios les tenga en su Reino a la santa reina y al reyecito!» Y corrían abundantes lágrimas de todos los ojos.

Pasaron los años y la reina no daba señales de vida; el mal ministro-rey se hacía viejo y era aborrecido del pueblo por sus tiranías. Conforme el ministro envejecía, más se agriaba su carácter, y aún más desde que su hija única, la linda Luz, en castigo de su falta, había sido robada por los Genios que malquerían al flamante rey. Viendo las injusticias que a diario se cometían, el pueblo lloraba a más y mejor a su señora Orla; esto enfurecía al viejo traidor y mandaba castigar y poner presos a los que mencionaban siquiera el nombre de Orla; muchas madres llamaban por este nombre a sus hijas, pero el intruso monarca prohibió bajo pena de muerte que se llamase a las niñas con ese nombre.

¿Sabéis, niños, por qué se ponía frenético el viejo rey cuando le recordaban su tremendo e ignorado crimen? Porque la conciencia le gritaba: «¡Eres un traidor y un mal servidor, también eres un ladrón que usurpaste el reino a tu reina, que sólo favores te hizo!» El procuraba acallar la voz de su conciencia; pero la conciencia nunca se calla cuando hacemos algo malo, y debemos oír la voz y portarnos bien.

¿Qué había sido de doña Orla y su niño?

Cuando la desgraciada madre pasó los límites de su reino, la dijo el primer ministro:

—Señora, habéis muerto para el reino de Argual y guardaos de volver a él, pues si así lo hacéis pagaréis con vuestras vidas el atentado.

—¿Qué os hemos hecho mi pequeño rey y yo para que os portéis con tal crueldad? —gimió la reina.

—Nada. Os envidiaba y ambicionaba vuestra corona; muerto el rey, vi abierto mi camino y abrigué la esperanza de que una débil mujer y un pequeño niño no serían obstáculo para mi ambición. Ya lo sabéis, idos en paz y silencio.

Dichas estas palabras puso en manos de aquella una bolsa de provisiones y se marchó. Se proclamó rey dando por un hecho la muerte de la noble dama.

Los Genios, protectores de los desterrados, guiaron sus pasos y fueron conducidos a una pequeña aldea. Implorando la caridad pública vivió algún tiempo doña Orla, guardando el incógnito. Pasado algún tiempo pudo ganar su sustento por medio de trabajos groseros, pues en aquella aldea no había más trabajos que el cultivo de los campos. Los años transcurrían y Waldo se convirtió en un arrogante mozo; su madre envejecía muy de prisa, y el pobre joven suspiraba al ver la miseria de su madre.

Los vecinos diéronle una choza aislada en el linde del bosque, y allí vivían los dos solitarios. Doña Orla jamás dijo a su hijo nada referente a su vida pasada ni a su elevada alcurnia. No quiso decirle nada por temor a que el malvado ministro le hiciese morir como se lo había prometido.

—Madre —dijo Waldo—, tengo quince años y me considero hombre; soy robusto y sano, quiero que usted me deje ir por esos mundos a buscar un porvenir; aquí no puedo estar; usted morirá de miseria, y yo toda la vida viviré deplorando mi cobardía; déjeme usted ir y dentro de dos años volveré. Espero que Dios me ayudará y sacaré a usted de esta suma pobreza.

Después de muchos ruegos pudo Waldo dejar la choza de su madre y correr por el mundo. Con un bastón en la mano y el morral a la espalda emprendió la marcha, después de abrazar y recibir la bendición de su triste madre.

Empezó Waldo a subir una empinada cuesta. Pronto notó que en la cumbre ocurría algo anormal. Oía gritos, ladridos y veía una gran polvareda. El, con su corazón tan bueno, temió una desgracia y corrió hacia el lugar de la revuelta.

Al llegar a la cima se presentó a su vista un cuadro terrorífico: una pobre anciana que marchaba sobre un raquítico burro era atacada por media docena de lobos hambrientos; la viejecita gritaba; el burro daba coces a diestro y siniestro; pero los lobos eran más potentes. Ver el joven aquello y volar en auxilio de la vieja fué todo uno. Armado de su garrote y con sus fuerzas hercúleas, pronto puso fuera de combate a cuatro lobos, y los restantes huyeron aullando de dolor, todos maltrechos.

—Gracias, valiente mozo —dijo la anciana sonriendo con una boca vacía como una caverna—. Dime, ¿hacia dónde te diriges?

—Señora, voy por el mundo a buscar trabajo para ayudar a mi anciana madre —contestó el aludido.

—Bien. Si quieres entrar a mi servicio, tendrás dinero y no te arrepentirás. Puedes estar conmigo dos años, al cabo de los cuales serás libre de tus acciones. ¿Qué te parece?

No creía Waldo que aquella misera vieja pudiera tener un cuarto; pero como su madre le había enseñado a respetar a los ancianos, contestóle muy agradecido que se iría con ella a donde fuese.

—Coge, pues, la brida de mi burro, y andando.

El muchacho cogió el ronzal, y a pocos pasos se encontró al borde de un profundo precipicio; las paredes, cortadas a pico, no tenían señales de sendero alguno, y hacia abajo no se veía sino una abertura negra y profunda como un abismo.

—Señora, creo que no puedo pasar —la dijo.

—No temas, camina hacia adelante siempre —dijo, apresando con sus manos el burro.

Waldo pensó que iba a morir, pero, ¡cosa rara!, empezó a descender por aquellas paredes con la misma facilidad que había marchado por el camino horizontal.

Por fin llegaron al fondo. Waldo miró hacia arriba y vió la abertura como una línea de luz. El era valiente, pero aquello le puso miedo en el cuerpo. La vieja dióle una llave grande y pronto se hallaron frente a una puerta de hierro. Por orden de la vieja dama, el joven abrió la puerta, y dueña, mozo y burro desaparecieron en las entrañas de la tierra.

Aquello era una belleza. Por doquiera luces y cristales; piedras preciosas que brillaban hasta deslumbrar; oro, plata y metales riquísimos; mármoles y estanques con surtidores de agua perfumada. Todo aquello estaba iluminado por una aurora boreal de las más bellas. Waldo, estupefacto ante tanta belleza, permanecía mudo. Le parecía que todos los celajes primaverales, los de las tardes de estío y las nieves del invierno, en confusión, llenaban aquella gruta.

—¿Qué te parece mi casa? —observó la dueña.

—¡Oh, señoral! ¡Cuántas bellezas tiene usted aquí encerradas! ¡Esto es admirable!

—Mira, bájame del burro y vamos a descansar. Dame tu brazo. Y apoyada en el de su conductor entraron en otro edén lleno de flores, sedas y perfumes.

La hechicera (pues era una hechicera) dió una palmada y salió por una puerta una mesa cubierta de una rica vajilla repleta de manjares deliciosos. Luego que hubieron comido dijo la mujer:

—Yo acostumbro que me peinen mis servidores. Toma este peine y hazme el moño. Todo lo que encuentres en mi cabeza es para ti.

Waldo pensó que no sería muy agradable el regalo, e hizo una mueca a espaldas de la vieja.





Empezó a batir el cabello, y a cada pasada del peine salía éste lleno de diamantes, perlas y otras piedras preciosas pequeñitas. Él las recogía y las ponía en su bolsillo y ya no hizo mueca al valioso regalo. De pronto se paró.

—¿Estás cansado? —dijo la dueña.

—Algo, señora.

Apenas profirió estas palabras, se enroscó el cabello en forma de moño, y ya no pudo entrar el peine en la cabeza de la vieja.

—Vamos, pues, a comer —dijo la bruja.

Y dando una palmada, se presentó la misma mesa de antes, perfectamente servida.

Todos los días se repetía la misma escena del peinado, y siempre, al mostrarse cansado Waldo, se enroscaba el cabello y a continuación venía la opípara comida. Todos los días se cambiaba la vajilla: desde las más humildes de arcilla y madera hasta la de diamantes que resplandecía como un sol. Oro, plata y piedras preciosas formaban los platos y soperas de aquella extraña vajilla.

Waldo observaba y callaba. Sus bolsillos estaban repletos de finísimas piedras que a diario recogía de la cabellera de la vieja, y también salían del peine pepitas de oro.

Waldo no era ambicioso, y a pesar de tantas riquezas, ya empezaba a fastidiarse de aquella vida holgazana, que, según él, no podía aprovechar encerrado en las entrañas de aquella montaña. La hechicera, insensiblemente, le enseñó muchos idiomas, y, entre ellos, el saber entender los animales. Le llevaba al jardín, y allí le hacía observar las plantas y el cielo, y así aprendió la medicina y la astronomía. En su cuarto se encontraba libros para instruirse, y lo que no comprendía lo preguntaba a su bienhechora.

Pasaron dos años, y, a la víspera de cumplir esta fecha, fué a su lindo dormitorio; pero apenas apagó la lámpara, oyó junto a la puerta un fuerte rugido de un león, a continuación el bramido del tigre, luego el aullido del lobo, la carcajada de la hiena, el mugido del toro salvaje.

Aquella algazara inusitada asustó a nuestro manco, que no pudo dormir aquella noche. Pálido y triste, se presentó a la mañana siguiente a peinar a la viejecita.

—¿Qué te ocurre Waldo? —por primera vez le nombraba—. ¿Por qué estás pálido y desasosegado?

—¡Ah, señora, no he podido cerrar los ojos en toda la noche!

Y a continuación refirió todo lo que había oído.

—Ya eres libre. Ese es el aviso de mis hijos. ¡Ah, sí! Ya llega el día. Oye, hijo mío. Tú eres un joven valeroso y honrado, obediente y bueno. Los Buenos Genios, mis hijos, te han traído a mi palacio para que cuide de ti; hace dos años que me sirves con toda inteligencia, y has mostrado una índole dócil y paciente; me has obedecido, y has sido bueno para mí. Mañana por la noche, cuando oigas la algazara de las fieras, huye por el lado contrario al ruido. Allí hay una puerta secreta y en la cerradura está la llave. El día de tu liberación se acerca y serás muy feliz, porque eres bueno y tienes un corazón sano. Llévate todas las piedras preciosas que te he regalado. No es ese sólo el obsequio que te hago: sin notarlo eres un hombre instruido y justiciero. Pronto necesitarás de ambas sabidurías.

Dichas estas palabras, la buena vieja se despidió del joven mostrándole su agradecimiento por su respeto hacia ella y por haberla salvado de los lobos, que en realidad no eran sino los Genios del mal, que querían matarla.

Todo el resto del día lo pasó Waldo arreglando sus piedras preciosas, y al anochecer fué a su gabinete.

Apenas apagó la luz empezó la algarabía y, entre rugidos y alaridos, entendió Waldo que le invitaban a salir de allí.

Palpó la pared contraria, y encontrando la llave dió vuelta a ella y abrió la puerta. Una luz brillantísima descendió sobre él. Sus pies tocaron el primer peldaño de una escalera, y trepando ágilmente por ella se encontró pronto en lo alto.

Al llegar arriba, el león rugió ferozmente al pie de ella. Buscó por dónde huir, y no encontró a su frente sino otra escalera que descendía al otro lado.

Bajó volando, y al llegar al pie bramó el tigre terriblemente en lo alto.

Y así, subiendo y bajando, recorrió como un millar de escaleras y, tanto arriba como abajo, oía a las fieras que le perseguían de cerca, aunque no las veía.

Cansado y agotado bajó la última escalera, y de pronto sintió que se hundía en un pavimento sedoso.

Observó bien y vió un hermoso salón alfombrado con una magnífica alfombra de seda, en la cual quedaba Waldo hundido hasta la cintura, tal era el espesor de la felpa. Luces policromas iluminaban la estancia, y silencio y tranquilidad reinaban por doquiera.

A poco oyó un dulce canto que decía:

«¡Príncipe Waldo,
desde cuándo te aguardo!»

Y mirando a lo alto, vió descender, volando, una blanca paloma que venía arrullando y cantando. Llegóse a él y se le posó en la mano. Y usando el lenguaje de las aves, le dijo:

«¡Príncipe Waldo,
desde cuándo te aguardo!
Salgamos de aquí, yo te guiaré.»

Y volando delante de él, le guió por corredores y galerías. Llegados al campo, la paloma habló así:

—Príncipe Waldo, yo soy una princesa encantada. Los Buenos Genios me robaron y me encantaron hasta que se presentase un príncipe y me tomase por esposa, y este príncipe eres tú.

—Señora princesa, siento decirla que yo no soy ningún príncipe, sino un pobre muchacho que no tiene ningún porvenir en el mundo, el cual no conoce —dijole él.

—Tú eres mi esposo, porque así lo han dispuesto los Buenos Genios.

Se presentó un carro, y, entrando los dos en él, fueron conducidos a un templo donde recibieron la bendición matrimonial. Apenas el sacerdote les bendijo, cayeron las plumas de la paloma, quedando ante los ojos de Waldo una bellísima joven que, estrechándole la mano, le preguntó si estaba conforme con tal esposa. Waldo no sabía si sonaba o no, y, sin darse cuenta, volvió al carruaje, que voló por montes, valles y llanos hasta llegar a la chocita de la madre de Waldo.

La buena señora quiso morir de gozo al ver a su apuesto hijo acompañado por tan gentil esposa.

—Señora —dijole la princesa— venimos a llevarla a mi reino, del cual vuestro hijo es rey, puesto que es mi esposo.

Doña Orla regaló la choza a la buena campesina que la acompañó, y Waldo le dió un puñado de diamantes.

Partieron todos para el país de la princesa Paloma, y cuando el anciano rey supo que su hija volvía, lloró de júbilo, pues aquella princesa era Luz, la hija del mal ministro y actual rey de Argual.

Después que todo se hubo normalizado en la capital, llamó doña Orla a su nuera, a su hijo Waldo y al rey anciano y habló así, presentando a su hija una diadema de diamantes y perlas en forma de corona real:

Hija mía, yo fui reina. Hace muchos años que, por asuntos que deseo olvidar, fui destronada y me vi abandonada con mi hijo pequeño.

He guardado mi corona para mi nuera y ahora te la regalo, para que la uses en mi nombre y como recuerdo de tu esposo.

Tomó Luz la corona, y, notando una inscripción, la leyó en voz alta:

«Orla, reina de Argual».

Oyeron un grito, y al volver la vista vieron al anciano rey desmayado en el suelo. Luego que le volvieron en sí dijo:

—Doña Orla, yo soy aquel mal hombre que despojó a V. M. Este reino es Argual y sois legítima reina de él.

Yo os devuelvo vuestro trono y castigad mi alevosía; pero amad a mi Luz, la esposa de Waldo...

Doña Orla, asombrada, perdonó al ministro, el cual confesó públicamente que él había cometido tanta falta y que devolvía el reino a su legítima dueña.

El pueblo quiso castigarle, pero la buena reina se opuso y le perdonó.

Todo el mundo festejó la reaparición de la reina y su hijo, y a éste le aclamaron por rey. El ministro, arrepentido de sus pecados, fue al monte, construyó un monasterio y allí vivió dedicado a la oración y a hacer obras piadosas.

Los reyes de Argual fueron felices, porque eran buenos y hacían caridad con los pobres, y vivieron muchos años.

FIN

VERÁS, COLORÍN, AHORA
TE VOY A CONTAR EL
CUENTO DE "LOS SEIS
SASTRECITOS".

¡JUSTO! LOS SEIS SASTRE-
CITOS QUE ME HAN CORTA-
DO SEIS VECES LOS PAN-
TALONES!

COLORÍN Y SU PANDILLA

BRANNER

MIRA MI TRAJE NUE-
VO. LA CHAQUETA NO
ESTÁ DEL TODO MAL; PE-
RO AL PANTALÓN LE SO-
BRA METRO Y MEDIO; ¿NO
PODRÍAS ACORTÁRMELO
UN POCO?

¡COMO QUE NO
TENGO OTRA CO-
SA QUE HACER!
¿QUIEN VA EN-
TONCES A ARRE-
GLAR LA CASA?

¡CLARO! "¡QUIÉN QUIERES
QUE ARREGLE LA CASA!"
SI SE TRATARA DE CHIS-
MORREAR CON LAS VECI-
NAS, EN SEGUIDA ENCON-
TRARÍAS TIEMPO.

¡DÁ GUSTO EL CA-
SO QUE LE HACEN
A UNO!

¡VAYA, VAYA, VOY A ARRE-
GLARLE EL PANTALÓN, POR-
QUE SI NO VAA ESTAR
DÁNDOSE LA LATA
TODO EL DÍA!

¡EA, YA ESTÁ; LE HE QUI-
TADO TRES CENTÍME-
TROS! ¡AHORA NO SE
QUEJARA!

OYE, MARIQUITA, EL SAS-
TRE ME HA TRAI-
DO EL TRAJE NUEVO Y ME
SÓLO LARGUISIMO EL PAN-
TALÓN. ¿NO PODRÍAS
ACORTÁRMELO? DOS
O TRES CENTÍMETROS
ESTARÍA BIEN.

PAPA, ESTOY OCUPA-
DISIMA AHORA.
¿NO PODRÍAS
DEJAR-
LO PA-
RA LUE-
GO?

¡ESO ES, COMO SU MA-
DRE! ¡DECIDIDAMEN-
TE YO SOY AQUÍ EL ÚL-
TIMO MONO!

ME PARECE QUE VA A SER
MEJOR ACORTARLE EL PAN-
TALÓN A PAPA AHORA MIS-
MO, PORQUE SI NO TENEMOS
MURGA PARA
RATO.

¡EA, YA ESTÁ; QUE NO
SE QUEJE!

Y NO TE OLVIDES DE DECIRLE AL SASTRE
QUE LO QUE TIENE QUE CORTAR SON
TRES CENTÍMETROS. ESPERA A QUE
LO HAGA Y ME TRAE EN SE-
GUIDA LOS PANTALONES.
¿OYES, COLORÍN?

SI, SI, PA-
PÀ.

AQUÍ ESTÁ YA
EL PANTALÓN
PAPA. ¡NO DI-
RÁS QUE HE
TARDADO!

MUY BIEN, HIJO. ¡YA ERA
HORA! ¡POR FIN ESTÁ EL
PANTALÓN ACORTADO Y
SIN NECESIDAD DE ELAS-
ME LO VOY A PONER, PA-
PÀ. ¿VEAN QUE
NO LAS NECES-
SITO.

¡QUE NO, DOM ABUNDIO! ¡SERÁN TRES METROS!
¡QUE MECOJA EL TREM! ¿QUIERE USTED
AHORA MISMO SI LE HE
CORTADO MÁS DE TRES CEN-
TIMETROS A SUS PANTA-
LONES!



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



PROGRAMA
PARA HOY

EL PEQUEÑO NAUFRAGO

Sensacional!

GRAN CINE



El destróyer inglés *Huracán* navegaba por el sur del Océano Pacífico, llevando en el puente al capitán Colin Wood, que escrutaba, a través de los gemelos, una isla lejana. Había llamado su atención una columna de humo que desde la cúspide de una columna rocosa se elevaba en el firmamento azul, un poco más allá de la playa.

Colin Wood ordenó que el barco tomase rumbo hacia la isla, y el marinero que estaba en el puente hizo girar el timón.

El primer oficial, McTodd, subió hasta donde estaba el capitán y, saludando militarmente, anunció:

—Mi capitán, en la isla de Bema se ve un fuego.

—Ya lo veo —repuso Colin—, y no puedo explicármelo, porque Bema está inhabitada. La Beach Rock es un monte completamente estéril, y no hay en él ni árboles ni matorrales en la cumbre que puedan haberse incendiado con el calor del sol. Aquí debe de haber algún misterio, McTodd —añadió. Y volviendo a enfocar los gemelos examinó de nuevo la cúspide de roca.

En aquel momento salió de detrás del fuego una figura pequeña que empezó a agitar los brazos frenéticamente.

—¡Es un muchacho blanco! —exclamó Colin—. ¡Debe de ser un naufrago!

El *Huracán* siguió adelante a toda marcha, y el muchacho, al darse cuenta de que habían visto las señales, desapareció de la vista de ellos. Era imposible descender hasta la playa, que quedaba debajo del monte, por la altura escarpada de las rocas. Indudablemente trataba de llegar a ella por otro sitio.

El *Huracán* ancló a un cuarto de milla de la playa, y desde él fué enviado un bote a la isla, conduciendo al capitán y a media docena de marineros. Cuando llegaron a la orilla todavía no se veía al chico; en vista de lo cual, Colin y los suyos empezaron a buscar un camino para subir a la cumbre de la montaña.

Pronto descubrieron uno desigual que subía bordeando la montaña, y después de ascender una buena extensión por ella, alcanzaron la cúspide, en donde todavía ardía el fuego. Pero tampoco estaba allí el muchacho.

Colin se volvió a Bob —un marinero de aspecto bonachón— y le dijo que diese una voz llamándole. Bob, que tenía una garganta de hierro, obedeció la orden, y sus potentes llamadas resonaron en el espacio sin traer ninguna respuesta. Ocurriósele al capitán que debían seguir las huellas del muchacho por el terreno arenoso que cubría la superficie de la montaña, y empezó a hacerlo así; pero a los pocos metros se detuvo sorprendido, pues a las huellas del muchacho se mezclaban las de unos cuantos pies descalzos.

—¡Cielos! ¡Este muchacho debe de haber caído en manos de alguna partida de salvajes! —balbuceó Colin—. ¡Hay que seguir estas huellas, muchachos!

Los marineros siguieron las huellas, que bajaban por uno de los lados más pendientes de la montaña y después atravesaban una planicie, hasta llegar a un bosque de palmeras. Internáronse por él los marineros, yendo a salir sobre la costa al otro extremo de la isla de donde estaba anclado el *Huracán*.

Los marineros llegaron a aquel lugar muy a tiempo para impedir que seis fornidos negros se llevasen al chico. Estos dirigíanse con él a una canoa muy grande que tenían en el agua.

—¡A ellos, marineros! ¡A ellos los del *Huracán*! —vociferó Colin arreando a la patrulla de marineros.

Asustados por la aparición de éstos, los negros echaron a correr más aprisa todavía, consiguiendo alcanzar la canoa. Metieron en ella al chico y la echaron al agua, en el momento en que los marineros llegaban a la orilla. Los valientes lobos de mar arrojáronse al agua y de común acuerdo se lanzaron sobre la canoa, levantáronla en alto, tirando a los negros al mar.

Hecho esto, Colin se apoderó del chico, que, desde luego, había corrido la misma suerte que los demás, y con él en brazos volvió a

la orilla. Sus hombres le siguieron, y al llegar a la playa se detuvieron, dispuestos a demostrar a los negros sus cualidades batalladoras si ellos se sentían con ánimos de luchar.

Pero los negros no parecían dispuestos a ello, porque de pie en el mar como estaban con el agua hasta el pecho, dieron vuelta a la canoa y se dirigieron en ella mar adentro en dirección a la isla de donde procedían. En tanto Colin Wood tenía toda su atención puesta en el muchacho, que aunque estaba sin conocimiento no tenía lesión alguna. El chapuzón en el agua le había hecho revivir, y dos minutos después de colocarlo Colin sobre la playa abrió los ojos.

—¿Te sientes ya con ánimos de andar? —preguntóle el capitán.

—Sí, señor; cuanto primero salga de aquí, mejor —se apresuró a contestar el muchacho.

—Entonces, mientras volvemos hacia la otra parte de la isla me dirás lo que te ha pasado y cómo es que un niño como tú se encuentra abandonado en esta isla desierta.

—Se lo contaré a usted todo —respondió el muchacho caminando al lado de Colin.

—Me llamo Jack Dean y soy inglés. Hace un mes o dos embarqué en Liverpool en un barco de carga, con intención de recorrer mundo; pero el barco terminó su viaje en Valparaíso y me despidieron de él. Después de esto quise entrar en otro que iba para Australia; pero no tuve suerte, pues no lo conseguí.

—Si tu suerte hubiera sido tan grande como tu atrevimiento, hijo mío, hubieras llegado allá. Bueno, ¿y qué sucedió después?

—Una noche me metí, sin que me vieran, en un barco que iba para el Oeste y durante dos semanas estuve escondido en la bodega, manteniéndome con lo poco de comida que yo llevaba y ocultándome entre la carga; y aquí viene la parte graciosa del viaje.

—¿Qué fué? —preguntó Colin.

—Pues que la carga —continuó Jack Dean— consistía toda ella en unos cajones de madera muy grandes con unos letreros que decían «Pianos». Pero una noche que hubo tormenta y el barco se balanceaba mucho, uno de los cajones cayó al suelo y se rompió. Dentro, con el piano, iban unos cuantos rifles.

Colin redobló la atención al oír esto y exclamó gravemente:

—¡Un barco con contrabando de armas!

—Yo no sé de eso —replicó el muchacho—. Pero el caso es que yo estaba contemplando los rifles cuando apareció por allí uno de los marineros y me cogió. Me arrastró a cubierta y allí me llevó otra sorpresa, pues aunque el barco era pequeño llevaba una tripulación de más de cincuenta hombres. Era un poco extraño, ¿no?

—Continúa, hijo —insistió Colin—, y dime todo lo que recuerdes.

—Ya no es mucho más que eso. El capitán del barco quiso pegarme con una cuerda, y como yo corría para evitar los golpes, en un balanceo del barco, caí al mar por la borda; y nadando llegué a esta isla.

—Dime, hijo mío, el nombre del barco y adónde se dirigía.

—Se llamaba el *Bergen* y creo que iba para un sitio llamado... —el muchacho se detuvo a pensar—. ¡Tanga! Deben de ser unos habitantes aquellos muy extraños si es que van a tocar el piano con los rifles...

—Seguramente que no serán para tocar el piano —observó Colin con la cara ceñuda—. Y debido a esa historia de los pianos es preciso que mi barco llegue a Tanga antes que el *Bergen*.

Una travesía a toda marcha.

A través de las plácidas aguas del Sur del Pacífico el *Huracán* corría a toda marcha en persecución del *Bergen*. Pero el barco holandés había tomado la delantera con mucha anticipación, y al amanecer del día siguiente, cuando la isla de Tanga apareció ante ellos



como una mancha verde y oscura en el mar, vieron anclado en su ancha bahía al barco mercante el *Bergen*.

No se veían señales de actividad sobre el misterioso barco, y al acercarse más a él notaron que solamente tres hombres andaban por cubierta.

Estos hombres se habían alarmado indudablemente ante la aparición del destróyer británico, porque cuando el *Huracán* estaba todavía a un cuarto de milla de distancia, los tres marineros del *Bergen* subieron a un pequeño bote que echaron al agua y empezaron a remar hacia la orilla de la isla. Esta intentona tan infantil de escapar estaba desde luego condenada al fracaso, pues Colin Wood ordenó inmediatamente arriar el bote motor para salir en persecución de los fugitivos.

—¡Pasad por delante de ellos antes de que lleguen a la orilla y hacédlos volver al buque holandés! —dijo el guardia marina Spring.

El bote partió y en seguida dirigíanse en otro Colin Wood y una partida de marineros al *Bergen*. Subieron a bordo del misterioso buque y no les sorprendió lo más mínimo encontrarlo completamente solo.

Colin Wood concentró toda su atención en la bodega. Allí estaban los pianos todavía embalados; pero vió que los cajones estaban todos abiertos, sin duda para sacar los rifles de contrabando.

—Esto es muy misterioso —observó Colin al oficial que le acompañaba—. Cada caja sólo contenía algunos rifles, y seguramente entre todos no llegarían a un centenar de ellos. No es posible que ningún barco contrabandista se exponga a los riesgos y gastos que eso supone para pasar de contrabando una carga tan ridículamente pequeña.

—Digo lo mismo, mi capitán —asintió el oficial—. Además, los indígenas de Tanga no son belicosos ni rebeldes, y no creo que quieran comprar rifles.

Colin, desconcertado, subió a cubierta al mismo tiempo que llegaban los tres que él había mandado detener. Eran tres extranjeros de aspecto sombrío, y al capitán le fué imposible sacar ninguna información de ellos.

—Quédese usted a bordo de este barco con su patrulla, y usted será el responsable de que estos hombres estén bien custodiados, así como también el barco.

—Está bien, mi capitán.

Colin Wood, que ya se había formado una posible explicación del misterio, volvió al *Huracán*, y al poco tiempo salía para la isla acompañado de veinticinco marineros, completamente pertrechados de armas y municiones. Después de desembarcar en la playa dirigieron a un ancho cinturón de árboles que circundaba toda la isla y empezó a recorrer aquel camino sombrío a la cabeza de su patrulla, cuando sus oídos, agudizados, percibieron un quejido que venía como de entre la maleza, a su izquierda. Corrió en aquella dirección, y separando el espeso follaje, encontró un negro tumbado entre los matorrales. El indígena estaba herido, pero conservaba todo el conocimiento, y al ver el bronceado rostro del oficial inglés levantó sus ojos llenos de gratitud hacia él.

—¡Hola, negrito! ¿Qué te pasa? ¿Cómo has venido a parar a este lugar y en este estado? —preguntó Colin afablemente.

—Escopeta de blanco hirió Toppa. Toppa ver muchos hombres blancos venir y Toppa correr a decirlo al jefe. Pero hombres blancos ver a Toppa y herirle.

Colin Wood examinó las heridas del negro y mientras se las vendaba le interrogó.

El cerco.

La historia que Toppa contó, en su inglés chapurreado, confirmó las sospechas que asaltaban la mente de Colin Wood.

Los blancos habían desembarcado en aquella isla completamente armados, y debido a su número y municiones representaban para los indígenas una tropa formidable. Venían con intención de caer sobre la pequeña tribu que habitaba la isla y llevarlos al otro extremo de ella.

—¿Pero para qué quieren la isla esos blancos? —preguntó Colin.

—Porque la isla tener terrenos muy ricos de piedras preciosas —declaró Toppa—. Esas piedras nosotros sacarlas de la tierra y comprar las cosas que necesitamos.

Las palabras del negro explicaron a Colin todo el plan. Una partida de desalmados y vagabundos, habiéndose enterado del tesoro que la isla de Tanga poseía, habían decidido ir allá. Y atemorizando a los indígenas, pensaban trabajar el tiempo necesario para recoger un cargamento valioso.

Pero Colin se propuso frustrar tan cobarde plan. Dejando un marinero al cuidado de Toppa, partió con los otros, después de ente-

rarse por el indígena de la posición exacta del terreno que era la causa de la invasión.

A poco más de medio kilómetro ya oyeron las detonaciones de los tiros, mezclados con gritos de hombres y mujeres. El capitán dió una terminante orden y los marineros, redoblando su velocidad, continuaron por la pendiente arriba. Al llegar a la cumbre de aquel monte halláronse ante una hondonada, en donde estaba situada la tribu de los indígenas. Y corriendo por la aldea estaban los invasores, haciendo fuego sin cesar y atemorizando a los habitantes para que huyesen delante de ellos.

Colin Wood tomó la posición que él iba buscando, y luego él y los marineros empezaron a disparar sobre los invasores.

—¡Pum, pum!... Una veintena de tiros resonó, y los hombres del *Bergen* se lanzaron hacia los intrépidos marineros. Durante unos segundos la victoria pareció ser de los del *Bergen*, pero luego echaron a correr hasta el otro extremo de la hondonada, con los del *Huracán* detrás. En tanto, los indígenas, abandonando su huida, se detenían con asombro ante la escena que se desarrollaba.

Cuando la tripulación del *Bergen* llegó a la cumbre de la montaña por el otro lado y los del *Huracán* estaban a cien metros de ellos, Van Decken intentó de nuevo detener a su banda para disparar contra los marineros. Detúvose él el primero y volviéndose apuntó con la escopeta; pero antes de apretar el gatillo, un tiro de revólver de Colin le hirió en la muñeca derecha, y la escopeta se le cayó de las manos.

Esto le quitó toda idea de resistencia, y seguido de los suyos huyó a refugiarse en los bosques. Escondidos entre los árboles, los fugitivos podían disparar sin riesgo de ser heridos, bien parapetados como estaban. Colin Wood vió que la ventaja estaba ahora de parte de los de Van Decken y no queriendo exponer a sus hombres a una emboscada, les mandó detenerse.

—¡Todos boca abajo! —ordenó—. Nuestros enemigos están ahora a cubierto de las balas y pueden hacer blanco en nosotros sin ofrecer ellos ninguno. ¡Disparad cada vez que ellos hagan fuego!

Los marineros se tumbaron en el suelo mirando a lo largo de los cañones de las escopetas. Del bosque venía una lluvia de tiros, muchos de ellos de entre las ramas, donde algunos habían trepado.

Cada tiro de ellos era contestado por los del *Huracán*; pero éstos disparaban sin esperanza alguna de ver el efecto de sus tiros.

—¡Mac, entretén al enemigo disparando durante quince minutos! —murmuró Colin al oído del primer oficial—. Antes de ese tiempo ya estaré yo de vuelta.

Y apenas acabó de decirlo marchó gateando por entre el espeso césped hasta llegar a los árboles, a trescientos metros de donde estaban los hombres de Van Decken.

En tanto sus marineros, siguiendo sus instrucciones, continuaban disparando para tener entretenido al enemigo. Pasaron cinco minutos..., diez..., un cuarto de hora..., y el primer oficial, que había quedado al cargo de ellos, empezó a impacientarse. Las municiones escaseaban, y luchaba consigo mismo pensando si no sería preferible arriesgarlo todo y lanzarse donde estaba el enemigo cobijado. Esperó otros cinco minutos, y por fin dió la orden.

—¡Vamos a ellos, muchachos! ¡Nos arriesgaremos a una lucha cuerpo a cuerpo! ¡Si queremos vencerlos es menester obligarlos a salir de ahí!

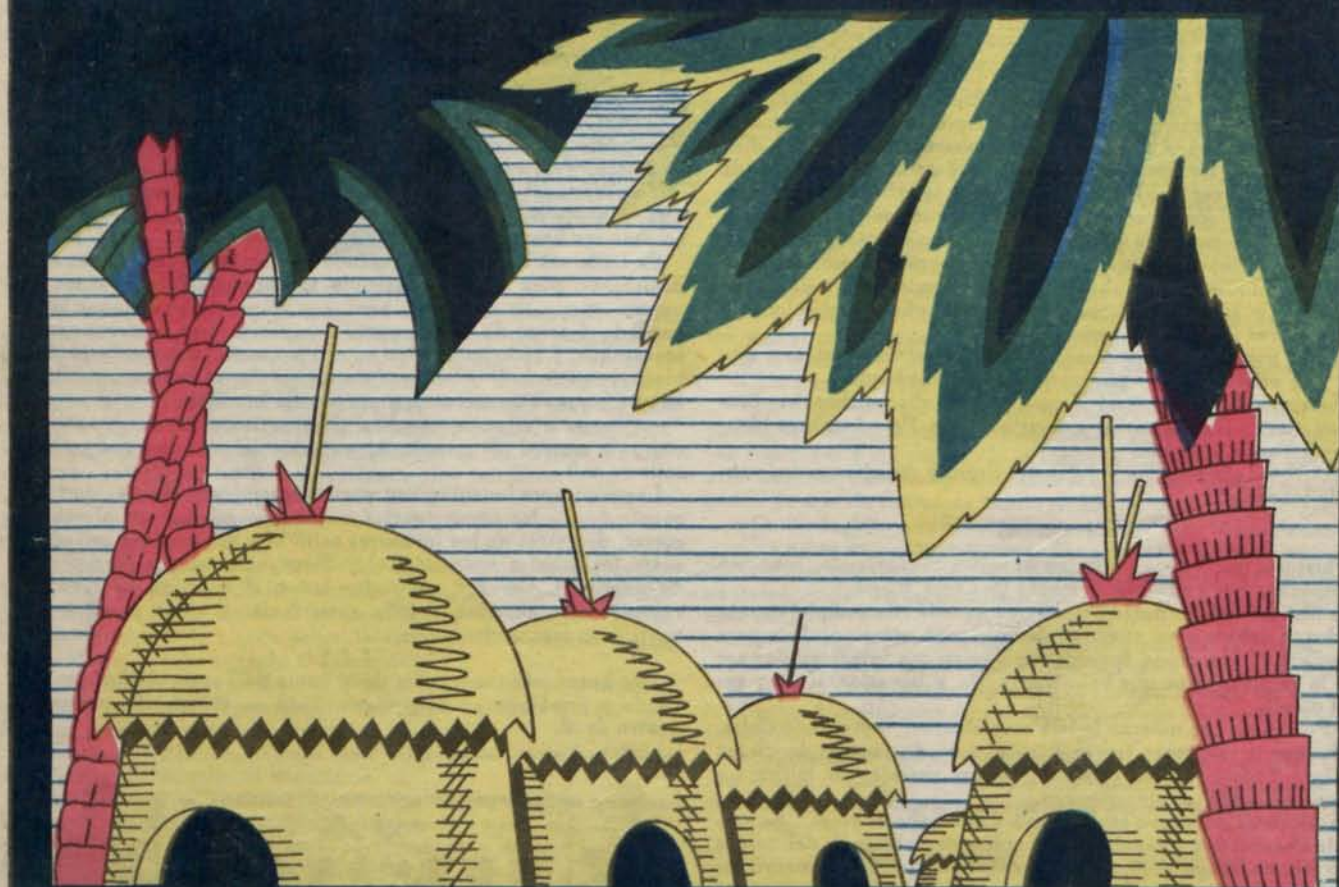
Los marineros levantáronse para emprender el ataque, sin darse cuenta de que las circunstancias no les favorecían. Pero al echar a correr, de detrás de los invasores salió una estruendosa gritería, y entre los árboles apareció Colin Wood conduciendo otra partida de marineros. Cercado por todos lados, el enemigo no tuvo más remedio que abandonar toda resistencia, y cinco minutos más tarde eran capturados todos.

Dos horas más tarde salía de la bahía de Tanga el *Huracán*, llevando a remolque al *Bergen* con toda su tripulación prisionera dentro de él.





LA FIGURA DE D. POLIPASTO, LOS SALVAJES Y LA CRIADA, RECORTENSE PARA SACARLAS A ESCENA CUANDO SEA NECESARIO.



EL TEATRO DE PINOCHO

DON POLIPASTO Y LOS SALVAJES

AVENTURA CÓMICA EN TRES ACTOS

(Conclusión.)

D. POL. No sólo no quiero, sino que ahora va a ver usted... (*Gritando.*) ¡Señor rey! ¡Señor hijo de los cuatro puntos cardinales!..

B.-T.-W. ¿Qué pasa? ¿Qué gritos son esos?

D. POL. ¡Pues pasa... que debe usted meter ahora mismo en la cárcel a este caballerete!

B.-T.-W. Pues ¿qué ha hecho?

D. POL. Pues me ha ofrecido ponerme en libertad...

B.-T.-W. ¡Ah! ¿Sí?

D. POL. Si, señor. Y por dinero, que es peor.

B.-T.-W. (*Muy indignado.*) ¡Ah! Por dinero, ¿eh? ¡A la cárcel! ¡Vaya un fresco! ¡También de aquí quería sacar tajada!

C.-B.-G. ¡Yo, señor!

B.-T.-W. ¡Cállese usted, bandido! ¡Pues está esto bueno! Ya querías ganarte unas pesetas... Y de seguro que no me hubieras dado a mi parte..

D. POL. Lo que debe usted hacer es darle muerte al mismo tiempo que a mí.

B.-T.-W. (*Aparte.*) ¡Que ocasión! (*Alto.*) No. En vista de tu buen comportamiento y de no haberte querido escapar, te perdono la vida y te doy la libertad. Puedes volver a tu país.

D. POL. Eso no puede ser. Yo lo siento mucho, pero no puede ser. Tú eres un rey salvaje, y los reyes salvajes se comen a sus prisioneros. Yo te lo agradezco mucho; pero hay que hacer como se hace siempre.

B.-T.-W. Yo soy el rey y puedo hacer lo que quiera.

D. POL. Usted puede hacer lo que quiera; pero no tiene derecho a privar a sus súbditos de un plato de gusto.

B.-T.-W. Pero ¿cómo tiene usted la pretensión de ser un plato de gusto, con lo flaco y con lo viejo que está?

D. POL. (*Molesto.*) Está muy feo sacar los defectos. Además, yo puedo estar bastante sabroso si se me guisa bien y se me ponen muchas patatas. Y si no, que lo digan todos estos morenos. ¿Queréis que me asen?

CORO DE NEGROS. ¡Que lo asen! ¡Que lo asen!

D. POL. ¿Queréis que asen al primer ministro?

C.-B.-G. ¡Eh, oiga, a mí no me meta!

C. NEG. ¡Que lo asen también! ¡Que lo asen!

B.-T.-W. Este señor se va a salir con la suya.

D. POL. ¡Ya lo podéis ir preparando todo!

Entra un soldado.

SOLDADO. ¡Hijo de la Constelación!

B.-T.-W. ¿Qué pasa?

SOLDADO. Acabamos de hacer una prisionera blanca.

C. NEG. ¡Ya son tres! ¡Ya son tres!

D. POL. (*A Chu-Ban-Gao.*) Anímese usted, que vamos a ser tres. Siempre será más distraído.

C.-B.-G. ¡Sí que es un consuelo!

(Entran los soldados trayendo a Remigia.)

SOLDADO. Aquí está la prisionera blanca.

D. POL. ¡Anda, pero si es Remigia!

REMIGIA. ¡Anda, pero si es mi señorito! Le andaba buscando para entregarle su paraguas, que se lo dejó usted el otro día, y estaba para llover.

D. POL. ¡Muchas gracias, mujer! Ya poca falta me va a hacer el paraguas.

REMIGIA. ¿Se va usted a comprar un impermeable?

D. POL. No; es que me van a asar los salvajes de esta isla. ¡Para

que veas lo que se gana con descubrir islas desconocidas!

REMIGIA. Pero, ¿esta isla la ha descubierto usted?

D. POL. ¡Claro! La descubri en el mapa, la otra tarde. Allí estaba, nueva, negrita, pequeñita y redondita, en mitad de la mar.

REMIGIA. Pero, ¿si aquello no era una isla! Fué una mancha de tinta que eché yo en el mapa.

D. POL. ¿Estás segura?

REMIGIA. Segurísima.

D. POL. ¡Ah, pues entonces cambia la cuestión! ¡Que venga ese rey de mentirijillas!

B.-T.-W. ¿Qué quieres decirme, hombre blanco?

D. POL. Pues quiero decirte que tú te crees que esto es una isla, pero que no es una isla.

B.-T.-W. Pues ¿qué es? ¿Un sombrero hongo?

D. POL. No, señor. Esto no es más que una mancha de tinta que echó mi criada en el mapa. De modo que ni isla, ni rey, ni nada.

B.-T.-W. Entonces, ¿yo no soy de verdad?

D. POL. No, señor. Ni ninguno de estos amigos.

B.-T.-W. ¿Cómo me demuestra usted eso?

D. POL. Muy fácilmente. ¿Se acuerda usted de lo que hizo el viernes pasado?

B.-T.-W. No, no me acuerdo de lo que hice el viernes.

D. POL. ¡Como que el viernes no existía usted, ni nada existía, hasta que yo no lo descubri. Y ahora, si yo quiero, esta isla desaparece. No hay más que limpiar la mancha del mapa.

B.-T.-W. ¡Es horrible! ¡Tenga usted piedad de nosotros!

D. POL. ¿Tenías compasión de mí cuando me ibais a asar?

B.-T.-W. ¡Usted era el que estaba empeñado!

C.-B.-G. ¡Somos buenos chicos!

D. POL. ¡Calla, salteador!

B.-T.-W. Si usted borra esta isla, ¿qué va a ser de nosotros?

C. NEG. ¡Que no nos borre! ¡Que no nos borre!

REMIGIA. Perdónelos usted, señorito. Ya van a ser buenos.

B.-T.-W. Si nos perdonas la vida, te nombramos rey.

D. POL. ¡Hombre, no me parece mal! Me gusta la idea. Acepto la corona.

B.-T.-W. ¡Magnífico!

C.-B.-G. ¡Viva el rey Polipasto!

C. NEG. ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

D. POL. Voy a vestirme de rey. (*Vase.*)

REMIGIA. ¡Qué suerte! ¡Mi señorito rey! ¡Yo seré dama de la corte!

B.-T.-W. Y yo, que ya no soy rey, ¿qué hago con esta nariz?

REMIGIA. Suénese.

(Aparece don Polipasto vestido de salvaje y en lo alto de unas andas que llevan cuatro negros.)

TODOS. ¡Viva el rey! ¡Viva! ¡Viva!

D. POL. Gracias, amado pueblo. Anuncio mi boda con la señorita Remigia, a quien nombro condesa, porque me ha venido a salvar de la parrilla.

C.-B.-G. ¡Y a mí también! ¡Viva la reinal!

B.-T.-W. ¡Viva el rey!

TODOS. ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

Música y

TELÓN

Fin de la aventura cómica DON POLIPASTO Y LOS SALVAJES

En el número próximo empezaremos la publicación del precioso cuento escenificado titulado **La casa de turrrón**, obra de magia, en la que tomará parte el genial Pinocho.

EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

LA INVASION

A los pocos días de tener preso al Estado Mayor del ejército enemigo, los tuve que dar suelta de tanto como me daban que hacer. No hacían más que mandar recados a todas partes y quitarme las toallas de mi «toilette» con pretexto de construirse banderines de Estado Mayor. Aunque estaban presos en una corraliza, seguían subsistiendo como lo que eran: como Estado Mayor. Y yo no tenía más remedio que conformarme y darme por satisfecho del que lo continuasen siendo, pues al yo prohibirles sus pequeñas manías, como la de mandar recados y usar banderines, les quitaba su calidad de Estado Mayor. y entonces resultaba que lo que había apresado eran unos simples oficiales sin importancia. Pero eran muchas las latas que me producían, entre otras el de instalar muchos teléfonos, que no comunicaban con ninguna parte, pero por los cuales se pasaban el día y la noche dando órdenes.

Les di, pues, libertad y volvieron a reintegrarse a los suyos. Y lo que estaba presumiendo hacía tiempo, comenzó a organizarse, y era esto: un ataque en todo el frente del ejército enemigo. Desde mis posiciones observé, día tras día, los preparativos que hacían para su avance. Los soldados se ponían derechos y adelantaban un pie en dirección nuestra, no esperando más que la orden de ataque para adelantar el otro. Los generales comenzaban a redactar los telegramas dando cuenta de sus victorias futuras.

Hubo, sin embargo, un momento de indecisión entre los del norte, producido por un plante de los gastadores de los regimientos de línea. Dichos gastadores protestaban de que se fuese a hacer un avance por un terreno donde no había árboles, y, por lo tanto, no empleando sus servicios. Y añadían que para eso no se habían pasado los años de servicio dejándose la barba y llevando un hacha en el cinto. Para contentarlos se les prometió árboles que talar, y, en efecto, al día siguiente los del norte organizaron una fiesta del árbol, y una legión de jardineros plantó en pocas horas un pequeño bosquecillo entre sus líneas y las nuestras. Durante el tiempo que tardaron en crecer los árboles a gusto de los gastadores, yo organicé mi defensa.

Viendo que por la fuerza era inútil resistir, ya que éramos Adelaida y yo solos por el sur, pensé en acudir a diferentes estratagemas para destruir el poderío del enemigo. Preparé mi plan y esperé el ataque.

Este no tardó mucho; un buen día amaneció oyéndose los golpes furiosos de hachas con que los gastadores derribaban los árboles del bosquecillo para dejar paso al ejército invasor.

Cuando las vanguardias llegaron a mis líneas, ya no había nadie en ellas; los espectadores se habían marchado resueltamente a sus casas, como medida de prudencia, y Adelaida y yo nos habíamos retirado unas colinas más atrás.

Sin embargo, los del norte consideraron la operación como un gran triunfo y se gastaron dos millones en telegramas cubriéndose de gloria.

Al día siguiente continuaron el avance, y al otro, y al otro, y así todos los días continuaban victoriosos, sin que yo les hiciese frente, como es natural, atendiendo mis planes secretos.

Ocuparon un sinfín de pueblos pertenecientes al sur, y en todos ellos, obediendo a mis órdenes, los recibían con arcos triunfales y aclamaciones y les colmaban de amabilidades. Eso sí, les cobraban todo.

En una infinidad de bares y teatritos improvisados se dejaban la paga los soldados y oficiales, y no olvidemos de mencionar los varios miles de aparatos *saca-perras*, que contribuían a la ruina del ejército del norte.

Todos los habitantes de las regiones que iban siendo invadidas se ingeniaban de manera de sacarles el dinero a los vencedores: unos vendían postales; otros les limpiaban las botas; otros, refrescos, y, poco a poco, los habitantes del sur se enriquecían de todo el oro de sus enemigos del norte.

No es de extrañar que las poblaciones esperasen con ansia al invasor, pues mi táctica les había llegado al corazón.

Y otro efecto, por mí previsto, comenzó a producirse en las filas contrarias. El ejército había avanzado, lleno de buen espíritu, las primeras jornadas; pero a medida que seguía el avance, con la monotonía de carecer de encuentros, de batallas con que revolver la sangre y tonificar el ánimo, se fueron cansando.

Primero fueron los artilleros, cansados de llevar sus aparatos de hierro, que no les servían para nada; luego los de infantería, hartos del cargamento y del peso del fusil.

Empezaron a abandonar la impedimenta mientras seguían avanzando. Y a tal grado llegó el aburrimiento de aquella gente, que un buen día me enviaron proposiciones de paz.

Respondí secamente negándome a ello. Había comenzado a ganar la guerra.

Adelaida, de gozo, anduvo dos kilómetros de manos, lo que fué muy aplaudido de todos los que la vieron.

Pero más adelante se verá mi victoria definitiva.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.

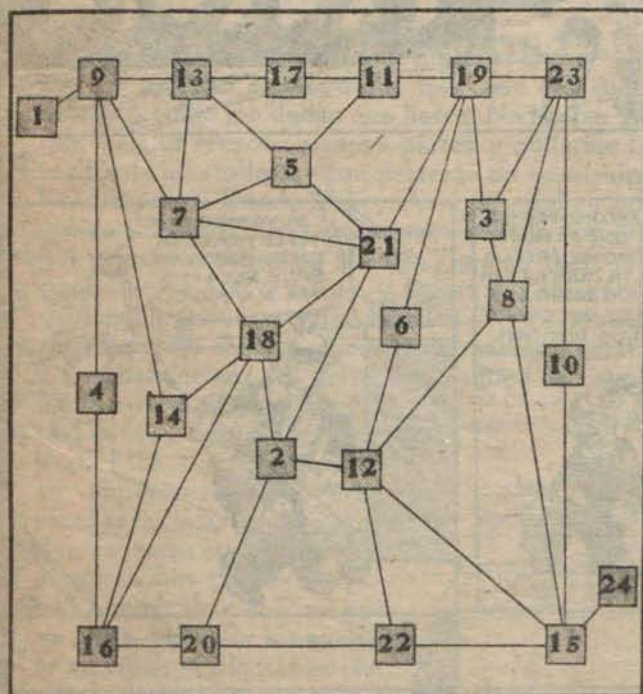




CONCURSOS PERMANENTES

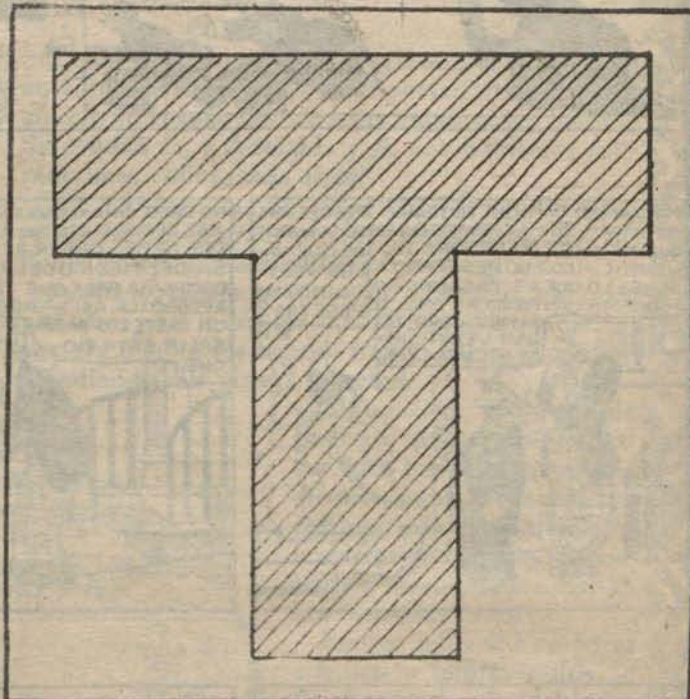
EL DE PROBLEMAS

ITINERARIO



Cada cuadrado representa una ciudad que queremos visitar. El viaje empieza en el cuadrado número 1 y termina en el cuadrado número 24. ¿Qué itinerario hay que seguir para visitar todas las ciudades o cuadrados sin pasar más que una vez por cada número? (Fuera de concurso.)

ROMPECABEZAS



Cuatro niños se hicieron, cada uno en un dedo, y fueron corriendo a que su mamá les curase. La mamá sólo tenía un trozo de tafetán del tamaño y forma del dibujo, y cogiendo una tijera lo dividió en cuatro trozos iguales. ¿Cómo pudo hacerlo? (Fuera de concurso.)

HORIZONTALES

2. Lo es el número 2.—3. Abreviatura de Alteza Real.—5. Idem.—6. En el mar.—7. Artículo.—9. Negación.—10. Preposición.—11. Naípe.—13. La primera mujer.—14. Se dice en el juego de tennis.—15. Nota musical.—18. Infinitivo.—19. Lo mismo que el 3.—20. Con 4 delante, personaje de la Historia Sagrada.—21. Contracción.—23. Toma.—25. Consonante.—27. Repetido, madre.—31. En la baraja.—33. Con T delante, río de Cataluña.—36. Pronombre.—36. Piedra plana que en Galicia sirve para cubrir los tejados.—37. Animal (hembra).—38. Abreviatura de Su Alteza.—39. Pronombre.—40. Mujer que cuida los rebaños.—43. Reza.—46. Los hay en los cementerios.—47. Corrientes de agua.—48. Vocales.—49. Adverbio.—50. Afirmación.—51. Animalitos (hembras).—54. Dejas.—55. Mamíferos.—57. Vocales.—58. Todavía.—59. Artículo.—60. Negación.—61. Monja.—62. Con O detrás, metal.—64. Quieras.—65. Signo de una operación aritmética.—66. En la baraja.—67. Los hay en Africa.—68. Palo de la baraja.—69. Prenda militar.—70. Pronombre.—71. Pasta.—72. Tuesta.—73. Abreviatura de Sociedad Anónima.—74. Tiempo de verbo.—75. Pronombre.—77. Título noble inglés.—78. Lo mismo que el 62.—79. Artículo.—81. Lo mismo que el 73.

PROBLEMA

Dos naranjeras tenían establecidos sus puestos, una frente a otra, en una de las puertas del Retiro.

Las dos vendían sus naranjas al mismo precio para no hacerse competencia, o sea a diez céntimos la naranja y a una peseta la docena. Cuando terminó la tarde y echaron sus cuentas, una de las naranjeras preguntó a su compañera:

—¿Cuánto ha vendido usted?

—Yo, todas las naranjas.

—Pues yo también. ¿Y cuánto ha ganado?

—Yo, ocho pesetas y cuarenta céntimos.

—Pues yo, ocho pesetas y ochenta céntimos.

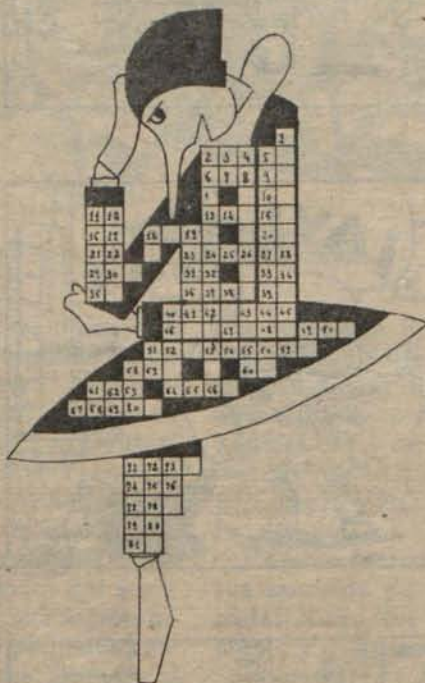
¿Qué operación hicieron y cuántas naranjas tenían?

CARMENCITA ZABALETA.

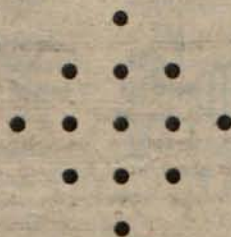
Doce años, Madrid.

143. P. Sección B.

PINOCHO



LOGOGRIFO



Cambiar los puntos por letras, de modo que tanto vertical como horizontalmente se lea: vocal, cosa de ave, provincia española, clase de vertebrado, vocal.

ANTONIO BARBERÁ.

Doce años, Zaragoza.

144. P. Sección B.

VERTICALES

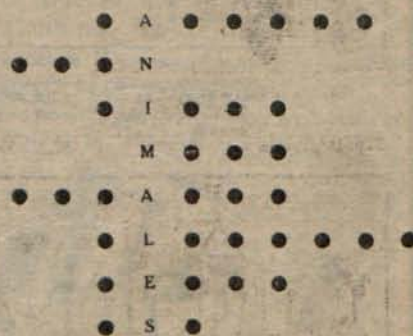
1. Convento de monjas.—2. Lo era Felipe II.—3. Contracción.—4. Lo es la verdulera.—5. Aparato de Física.—8. Sin ortografía, baile.—11. Instrumento de labranza.—12. Habitaciones.—17. Las tienen los pájaros.—18. Contracción.—19. Bote.—22. Artículo.—23. Se emplea en la construcción de edificios.—24. Mamífero.—26. Epoca de tiempo.—27. Unidad lineal.—28. Apellido español.—29. Nota.—30. Naípe.—31. Contracción.—32. Voz de carretero.—34. En Galicia las más hermosas.—40. Río italiano.—41. En la baraja.—43. Escuché.—44. Letra griega.—45. Vocales.—51. Lo hacen las vacas.—52. Nombre de mujer.—52. Nos ponemos enfurecidos con ella.—55. Final de aumentativo.—56. Voz de carretero.—58. Juguete.—61. Lo mismo que el 56.—62. Con P delante, preposición.—63. Letra griega.—71. Enfermedades.—72. Tiempo de verbo.—73. Infinitivo.—75. Sin compañía.—76. A revés, nota musical.—78. En el mar.—79. Tiempo de verbo.—80. Artículo.

LUIS FLÓREZ DE LOSADA.

Doce años, Segovia.

142. P. Sección B.

JEROGLÍFICO



Sustitúyanse los puntos por letras, de forma que se lea en las líneas horizontales nombres de animales.

B. F. C.

Melilla.

145. P. Sección B.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :-: HISTORIETAS :-: CHISTES ILUSTRADOS :-: CHISTES SIN ILUSTRAR :-: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR



Pinocho en Jauja.
MARÍA DOLORES TRIAS.
Doce años. Pamplona.
704. D. Sección B.



Mi mejor amiga Pirula.
M. BALEN.
Diez años. Melilla.
705. D. Sección B.



MI pariente Roqueño.
CARMENCITA ZABALETA.
Doce años. Madrid.
706. D. Sección B.



Don Turulato.
ANSELMO MATILLA.
Nueve años. Madrid.
707. D. Sección A.



Una china.
A. VILDOSOLA.
14 años. S. Sebastián.
708. D. Sección B.

DIBUJOS

Juan y Pepe.

(CUENTO)

Vivía en una aldea un pobre hombre viudo, el cual tenía dos hijos: Juan, de diez años, y Pepe, de doce. El primero era muy trabajador e inteligente; el segundo, por el contrario, era holgazán y no tenía afán al estudio.

Su padre, para probar su trabajo, antes de morir salió con sus dos hijos, con un melón, uvas y una herradura. No haría mucho tiempo que salieron cuando el padre dejó caer la herradura. Se fijó y vio que el que la recogía era Juan. No dijo nada, y empezó con el melón, dejando caer las pepitas de éste.

—Vamos a recogerlas —dijo Juan.

Pero Pepe contestó:

—¡Bah! ¡Qué tontería!

Y siguió adelante.

Más tarde terminó con las uvas. De vez en cuando dejaba caer una, dos, etc., pero éstas las recogía Pepe.

Volvieron a su casa, y Juan corrió a su jardincito y plantó las semillas del melón, pues pasados unos meses sería el día de su padre y quería regalarle una cosa cultivada por él.

A la mañana siguiente se murió el padre, y tuvieron que salir a buscarle la vida.

Pepe entró a trabajar en una fábrica de tabacos. Pero como era ambicioso y sacaba tabaco para él, fué despedido, y tuvo que mendigar.

Juan era tan bueno, que fué querido por todo el mundo. Y un día que no se acordaba ya de lo acontecido con la herradura, se le cayó, abriéndose en dos partes. Dentro se leía: «Premio al trabajo. El que posea esta herradura puede pedir cuantas cosas desee».

Juan, que ya contaba veinte años, pidió una hermosísima casa, con sus criados y todo lo necesario; ser toda su vida humilde, caritativo y bueno; tener una mujer como él, bonita y buena, y la felicidad de su hermano. Habiendo pedido estos cuatro deseos, se fué a cenar y luego a dormir.

Al siguiente día celebráronse las bodas, viéndose así todos sus deseos cumplidos. Es decir, todos no, pues su hermano pedía limosna a las puertas de su casa.

Pensando estaba en lo extraño de no cumplirse su deseo cuando apareció una hermosa dama de cabellos rubios, con traje de seda y perlas y una diadema de brillantes, la cual, sonriente, dijo estas palabras al joven:

—Yo soy el Hada Bondad, y protejo a quien tiene esta herradura. No cumplo tu cuarto deseo porque tu hermano ha sido muy malo y no lo merece. Pero dile que si dentro de un año ha juntado una cosecha de maíz de un millón de plantas, será perdonada su penitencia.

Y en seguida desapareció.

Juan le contó todo a Pepe, quien trabajó muchísimo y presentó al año siguiente una gran cosecha.

Así se vió ricamente vestido y viviendo junto a su buen hermano, bajo la protección del Hada Bondad.

Y vivieron felices,
comieron perdices;
entraron por una puerta,
salieron por otra;
me buscaron
y no me encontraron.

MAGDALENA SOFÍA CANTILLO.

Once años. Sevilla.

87. C. Sección B.



El primer cigarro.
LUIS LOMO.
Trece años. Santander.
709. D. Sección B.



Pirula.
PEPITA ELICHOUI.
Doce años. San Sebastián.
711. D. Sección B.



Monjardín.
VICENTE VERA.
Trece años. Madrid.
712. D. Sección B.



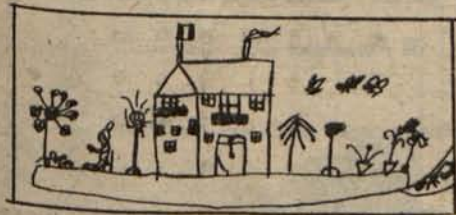
El Hada.
MARIANO URDIAIN.
Nueve años. Madrid.
715. D. Sección A.



Un bebé.
VICENTE VERA.
—13 años.
Madrid.
716. D. Sn. B.

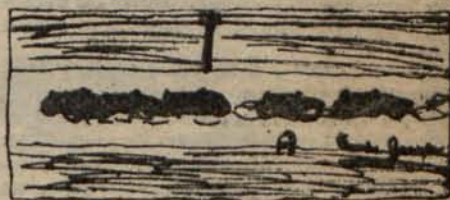


Pinocho en busca de premio.
DOLORES PONS.
Once años. Madrid.
720. D. Sección B.

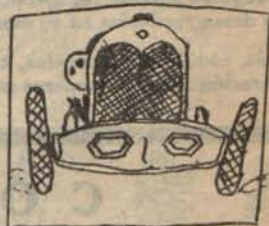


Mi casita de campo.
MAGDALENA SCOB.
Diez años. Madrid.
722. D. Sección B.

Los Pinochistas cuyos trabajos se publiquen en esta sección tendrán derecho a pedirnos diez ejemplares del número en que su trabajo aparezca al precio especial de 30 céntimos.



En plena carrera.
TOMÁS GARCÍA.
Ocho años.
723. D. Sección A.



En el autódromo.

710. D. Sección B.

EDUARDO GRAU.



Paisaje.

JOSÉ CERÓN.
Trece años. Algeciras.
713. D. Sección B.



El escudo de mi tierra.
MANUEL GARCÍA URQUIJO.
Diez años. Santander.
714. D. Sn. B.



Mi hermanito.
FRANCISCO MAUPREY.
Ocho años.
El Pardo.
717. D. Sn. A.



Un burro.
VICENTE VERA.
Madrid.
718. D. Sección B.



Una vaca.
VALERIANO CHICO.
Doce años. Madrid.
719. D. Sección B.



¡Manos arriba!
CARMEN GARCÍA ALONSO.
Mollado.
721. D. Sección B.

Para encuadernar los números de PINOCHO estamos preparando preciosas tapas para que los Pinochistas puedan conservar encuadernada la colección de PINOCHO. Pronto daremos más detalles.

Regalos a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba tiene derecho a pedir, al hacer su suscripción (tiene que ser en ese momento), los regalos siguientes:

Si la suscripción es por un año

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.
- 3.º Un **Cupón-regalo**. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100**.

Si la suscripción es por un semestre

- 1.º Un tomo, **gratis**, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.

Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar 1,50 pesetas para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.

Además, todos los suscritores, tanto de año como de semestre, tienen otras muchas ventajas constantes, tales como facilidades para la colaboración infantil, números para los sorteos de regalos y otros interesantes privilegios.

CORRESPONDENCIA

Pilar Gillis Yuste. (Guernica, Vizcaya).—Va supongo en tu poder los números desde hace mucho tiempo. Sin embargo, quiero manifestarte aquí mi agradecimiento por tu carta versificada, que era un primor, y por tu felicitación, que era una maravilla. He de manifestarte, además, para tu satisfacción, que muchos lectores de PINOCHO —Pinochistas y Pirulinas— me escriben haciendo de ti los más enormes elogios. Por falta de tiempo no te he enviado esas cartas, las cuales te llenarían de profunda satisfacción.

Siempre te quiere Pinocho, Pirula, Currinche, D. Turulato, Potipán y Cañamón, Paco Morronguís y Colorín y su pandilla.

Rodrigo Pomar.—No podré dar tu «construcción», primeramente, porque no acostumbro a publicar esta clase de trabajos; después, porque viene muy borrosa, en malas condiciones. Pero no todo es negativo, ¡oh, Rodrigo! Tu dibujo, en cambio, por bueno, por magnífico, saldrá en PINOCHO, apenas le llegue su turno. Aquí estamos muy satisfechos contigo, sobre todo Paco Morronguís, que siente por ti una profunda simpatía.

E. Rodríguez. (Sevilla).—¡Si tu cuento no fuera tan largo, tan inacabable, tan intermitente! ¡Si tu cuento fuera más cortito, más reducido, de menos longitud! ¡Por qué no has seguido al pie de la letra las condiciones de PINOCHO! Es lástima. Una pena. Pero yo no puedo hacer nada, nada, nada.

Un abrazo de Pirula, otro de Potipán y Cañamón. Saludos de los demás compañeros.

Manuel J. Barrantes. (Huacho, Perú).—Mi querido Manuel: He recibido tu amabilísima carta y con ella una profunda alegría. No escatimo elogios para tu problema de palabras cruzadas, y espero con verdadera inquietud «la nueva cruzada» que me prometes. Ya sabes cómo estimamos aquí a los Pinochistas peruanos. Son éstos, por su talento, de nuestra particular veneración. Mándame cuantas cosas se te ocurran —siempre con su cupón— y yo sabré publicar tus trabajos para honra del Perú, a la mayor gloria de Pinocho.

Siempre serán tus amigos Pinocho, Pirula, Paco Morronguís, Currinche y don Turulato, etc., etc., etc.

Juan Bautista López. (Coruña).—¡Tinta negra!

Artigas Lobet Arrieta. (Montevideo).—Con muchísimo gusto publicaría tu dibujo si éste, de acuerdo con lo establecido, hubiera llegado a tinta. ¡Pero ese lápiz! Para otra vez estoy seguro que sabrás complacerme, enviándome tus obras bien retintadas, como debe ser.

No tendré que decirte los deseos inmensos, cada vez más grandes, que tengo de publicar tus trabajos. Estos, para tus siete años, son verdaderas maravillas.

Te espero con verdadera impaciencia. Abrazos, apretones de mano, saludos efusivos.

Antonio Cardiel Valenzuela. (Sevilla).—¿Y el cupón? Pero qué desmemoriados son algunos Pinochistas. Y casi siempre los más listos, los más inteligentes, como tú, por ejemplo.

Carmen López-Cuervo. (Granada).—Mi querida Pirulina del Generalife: Recibí tu amabilísima carta a su tiempo; pero ya ves, hasta ahora, las doce de un día muy fresquito, no puedo contestarte. Y es mi oficio, mis ocupaciones, mis muchos trabajos, quienes me escamotean la ocasión. Pirula, como yo, descaba contestarte —particularmente inclusive—, pero no ha tenido momento en que poder hacerlo. Escríbele tú, me dijo el otro día, y comunícale mi deseo grande, incommensurable, de remitirle una carta de treinta y dos pliegos. Ya te escribirá, no lo dudes. Espero con impaciencia tus trabajos.

Un abrazo de Pirula, cariñosísimo, y un apretón de manos de tu mejor amigo.

Mercedes, Cucha y Buby Rey. (Habana).—Mis inolvidables amiguitos: Con mucho gusto contesto a vuestra carta. Habéis dejado en mí un recuerdo imborrable, admirable, adorable. ¿Cómo olvidar a Mercedesitas? ¡Imposible! ¿Cómo olvidar a Concha y a Buby? ¡Imposible! Tanto Pirula como yo, tanto Don Turulato como Currinche, lo mismo Paco Morronguís que Pelagio, Carmillo y familia, todos, os recordamos con gusto, con verdadera satisfacción. Así, pues, no podréis dudar nunca de que vuestros trabajos —tan primorosos, tan maravillosos— salgan en mi Revista, que es la vuestra, apenas les llegue a aquéllos su turno. ¿Cómo fue el viaje? Desde la azotea de mi palacio os vi embarcar. ¡Qué contenta iba Cucha! ¡Qué alegre iba Buby! Mercedesitas, no tanto. Estoy por asegurar que dejaba España con cierta melancolía. ¡Se comprende! Dejaba aquí, atarcada, siempre laboriosa, a su buena amiga Pirula.

Escribídmelo. Potipán y Cañamón, Colorín y su pandilla están encantados con vuestras cartas. Escribídmelo.

Mariano Martín Calviche (Peñaranda de Bracamonte).—Publicaría tu precioso problema si no fuera éste tan matemático, tan algebraico, tan problemático, tan numérico. Espanta por esto, aterra. Y no sabes cuánto lo siento. Mándame otro problema, más sencillo, de menos complicación. Tengo verdaderos deseos de publicar tus trabajos.

Carlos Campos-Herrero y García (Cartagena).—Tu dibujo queda admitido, por bueno.

Antonia Sanz (Madrid).—He recibido tu magnífica obra, y espero que me remitas nuevas cosas, nuevos dibujos —siempre con su cupón, no olvides esto—, para publicarlos en PINOCHO. Tu carta me alegró muchísimo, pues me demuestra hasta qué punto me tienes verdadero afecto.

Recibe el cariño de Pirula y un saludo cordial de Pinocho.

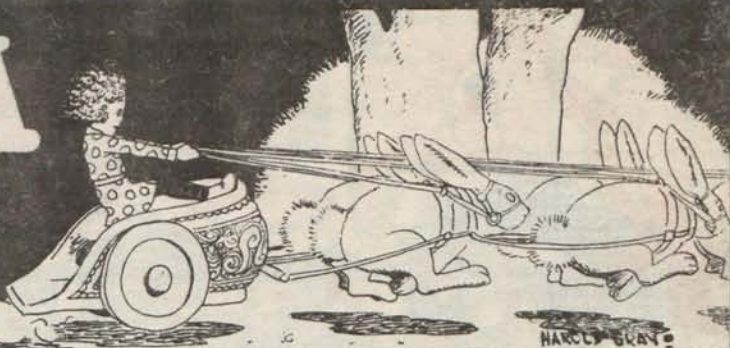
E. Costa Fernández (Zaragoza).—Mi queridísimo E: Deseoso de escribirte desde que recibí tu carta no he podido hacerlo por falta de tiempo. Tenía verdadera necesidad de comunicarte que «La curiosidad infantil» es una maravilla, y que, por ser así, saldrá lo más pronto posible en mi Revista. Ahora que son tantos, tantos los trabajos que tengo de publicar, que lo tuyo, con gran sentimiento por mi parte, tardará un poquito en salir.

BOLETÍN DE VOTACIÓN DEL MES DE ENERO					
PROBLEMAS		CH. ILUSTRADO		CH. SIN ILUSTRAR	
SECCIÓN A	SECCIÓN B	SECCIÓN A	SECCIÓN B	SECCIÓN A	SECCIÓN B
Número	Número	Número	Número	Número	Número
CIENTOS		DIBUJOS		HISTORIETAS	
SECCIÓN A	SECCIÓN B	SECCIÓN A	SECCIÓN B	SECCIÓN A	SECCIÓN B
Número	Número	Número	Número	Número	Número

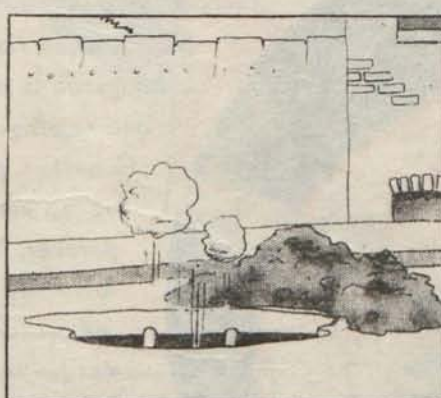
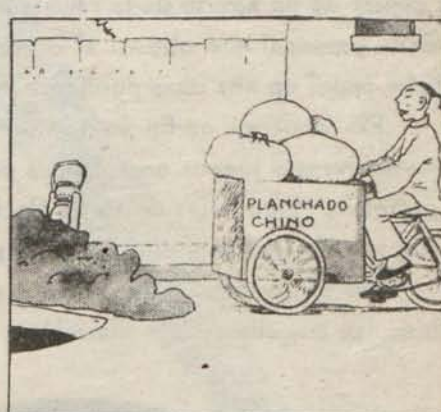
PINOCHO	
CUPÓN DE CONCURSOS	
DEL NUM. 50	El Pinochista D.
de años, y cuyas señas son	
remite un trabajo para el Concurso de (1).	
Fecha (Si es suscriptor, poner el número)	
(1) Indicar el que sea. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.	

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GARY





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

No tenéis idea de las emociones por que pasó mi amiga Marichu el

último día de Reyes: impaciencia, temor, alegría, de todo hubo.

La cosa no era para menos, pues ese día sus papás invitaron a una caterva de «crios» —Marichu tiene nada menos que siete hermanos, y cada cual tiene sus correspondientes amigos— a comer el roscón de Reyes y a divertirse de lo lindo.

Lo esencial para Marichu no fué el enseñar a sus amigas las maravillas depositadas en sus zapatos por la rumbosidad de los Reyes Magos; ni el estrenar un precioso vestido de crespón de China que su mamá le ha mandado copiar de un figurín de la revista *Mujer*; ni el éxito personal que obtuvo al representar el primer papel en una obra publicada en «El Teatro de Pinocho»; ni, en fin, lo que se rió y divirtió con los diversos juegos organizados por el ingenio y la paciencia inagotables de su tío Pachín.

No; lo principal para ella fué la hora de la merienda.

—¿Pero es posible? —exclamaréis, sin duda—. ¿Tan golosa, tan tragona es esta Marichu?

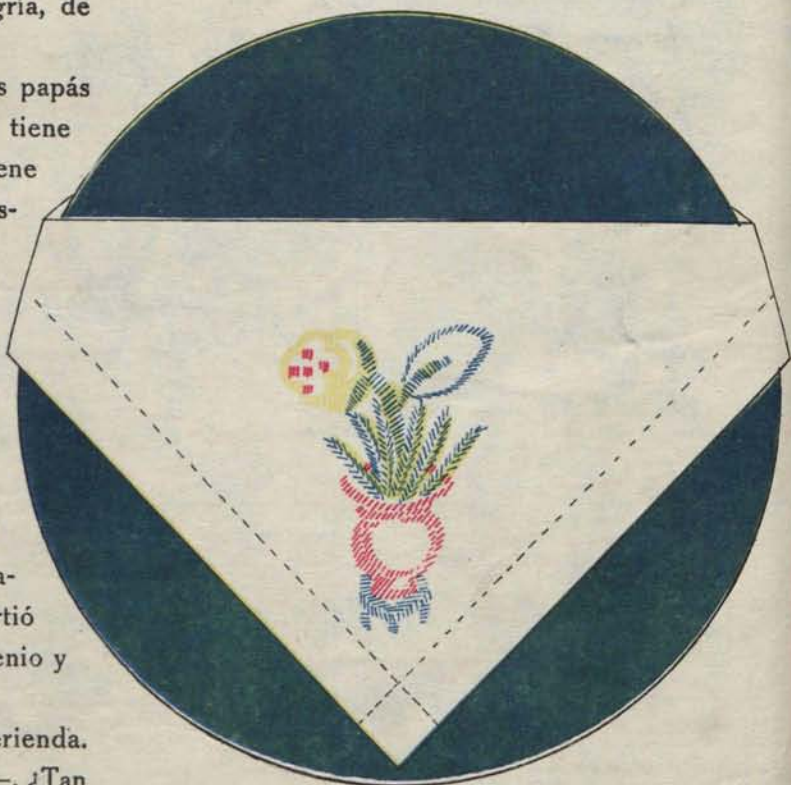


¡Por Dios! ¿Cómo podéis suponer una cosa semejante? ¿Acaso acostumbro yo a tener amigas tragonas y golosas, hasta el punto de anteponer a todas las demás satisfacciones las de su pequeño paladar?

Claro está que a Marichu, como a todos nosotros, le

gustan las golosinas, y en aquella merienda de Reyes saboreó con agrado —lo mismo hubiéramos hecho vosotros y yo, si nos hubieran convidado— los dulces, pasteles, bombones, bollos y emparedados que —amén de un roscón enorme— cubrían las mesas.

Pero ya comprenderéis que ese entusiasmo de Marichu por la merienda entrañaba algún secreto; era el



siguiente: con sus propias manecitas, de niña buena, aplicada, encantadora —de amiga de Pirula, en una palabra—, Marichu había bordado nada menos que el cubretetera y todas las servilletas de fino lienzo de hilo con que «las señoras» y «los señores» invitados, enjugaron la crema, el chocolate o el «chantilly» que «embigoteaban» sus sendas boquitas.

Conviene precisar que la labor de Marichu no fué tan sencilla como en un principio pudiera parecer. Hizo más que bordar dibujos distintos —de algunos, ya os di el modelo; uno más os presento hoy; otros, os iré dando— en todas las servilletas, sino que también hizo los dobladillos con sus vainicas correspondientes; y también hizo más que bordar la lindísima cubretetera cuyo modelo aparece en esta página: ella la cortó y la confeccionó por entero. Claro que esta labor no presenta grandes dificultades. Se cortan seis triángulos, dos más anchos y cuatro más estrechos, si bien todos terminan formando idéntica punta, y se unen a punto de cruz, dando exactamente las mismas puntadas por el revés y por el derecho, a fin de que no quede entre ellas intersticio alguno.

Luego, el agujero para el pitorro, bordeado a punto de ojal, y la abertura para el asa, y ¡a merendar!

□ □ □